Apuntes y Recuerdos

1902.

(6)

Jose



Jose Rosas Landa

Calle de Munguía letra D.

Guadalajara, 30 de Julio de 1902.

Sr. Gobernador del Estado de Veracruz.

Muy respetable señor:

Tengo el gusto de acompañar adjunto á la presente un ejemplar de los "Apuntes y Recuerdos" que he escrito relacionados con las revoluciones del Plan de la Noria y de Tuxtepec en algunos pueblos de los Estados de Jalisco y Sinaloa. Por la lectura de esos Apuntes se convencerá Ud. de que efectivamente tomé parte en esas revoluciones, y por lo tanto me permito suplicar á Ud. me imparta su ayuda y protección, á fin de que por su influencia ó relaciones obtenga yo del Ministerio de Guerra el reconocimiento de mis empleos y servicios.

Protestándole mi sincera gratitud, me honro en ofrecerme de Ud. respetuosamente su atento S. S.

J. Rosas Landa



APUNTES

Y

RECUERDOS.

(Memorias de las Revoluciones
del Plan de la Noria y de Tuxtepec.)

POR EL CAPITAN DE CABALLERIA

Jose Rosas Landa.

Respetuosamente Dedicados al Sr. Presidente
de la Republica, Gral. de Division Porfirio Diaz,
y al digno Secretario de Guerra y Marina,
Gral. de Division Bernardo Reyes.

GUADALAJARA, JAL.

1902.



Calle de Munguía, letra D.
Guadalajara, Marzo de 1902.

Sres. Presidente de la República, General de División PORFIRIO DIAZ, *y Secretario de Guerra y Marina, General de División* BERNARDO REYES.

México, D. F.

Muy respetables señores:

Me tomo la libertad de dedicar á Uds. los presentes "Apuntes y Recuerdos," como una sencilla pero verdadera demostración de la simpatía y del respeto que me inspiran, así como de la atenta subordinación que como militar les debo. Sírvanse Uds. aceptar mi pequeña labor encaminada á recordar hechos en los cuales tuve la satisfacción de tomar parte, con la seguridad de servir á una causa que todavía creo justa.

Esperando que Uds. tendrán la bondad de aceptar este humilde trabajo, disculpando las imperfecciones de que adolece, me es grato ofrecerme de Uds. respetuosamente subordinado y atento S. S.

J. ROSAS LANDA.

DOS PALABRAS.

Como se verá por la fecha de las cartas que van en seguida, hace ya varios años que comencé á escribir los presentes Apuntes, relacionados con las revoluciones del Plan de la Noria y de Tuxtepec, en algunos pueblos de los Estados de Jalisco y Sinaloa. Pero me impedían publicar estos Apuntes, primero, la circunstancia bien sensible de que en la mayor parte de sus escenas aparezca yo como actor, lo que hasta cierto punto me parece de muy mal efecto tener que hablar de mí mismo; y después, la carencia absoluta de recursos para sufragar los gastos que demandan su publicación.

Mas como en estos días ha comenzado á publicar la casa editorial de Ramón de S. N. Araluce, de Barcelona, *los últimos treinta años* de la Historia de México, que abarcan el período de 1867 á 1900, tal circunstancia me obliga á hacer un último esfuerzo para dar á luz mis Apuntes; porque si estos apareciesen después de la publicación ya citada, fácil sería que algunas personas creyeran que yo había tomado de aquella obra lo que refiero en mi escrito. Así es que, deseando que estos Apuntes conserven el mérito de la originalidad, ya

que ningún otro tienen, me he resuelto á publicarlos confiando en que la benevolencia de quienes los lean sabrá disculpar las faltas que tienen, tanto en su redacción como en su parte material, porque confieso ingenuamente que no tengo ningunos conocimientos literarios, ni menos cuento con los elementos necesarios para dar á luz una obra de arte.

El Autor.

Guadalajara, Marzo de 1902.

*
* *

Rejas de la Concepción núm. 3.
México, Marzo 20 de 1899.

Sr. Coronel D. Prisciliano M. Benítez.
Oaxaca.

Muy estimado señor:

Como lo he indicado á Ud. en mis cartas anteriores, estuve escribiendo algunos apuntes de los sucesos ocurridos en el Sur de Jalisco en la época de la revolución del plan de la Noria, en 1872, y en los cuales tomé más ó menos parte, ya directa ó indirectamente. Hoy le remito por carta certificada esos apuntes para que tenga Ud. la bondad de revisarlos. El hecho de haber sido Ud. en aquella época el Jefe del Estado Mayor del Sr. General D. Pedro A. Galván, que á su vez era el General en Jefe de las fuerzas pronunciadas en Jalisco, le pone en aptitud de juzgar acerca de lo que refiero y darle el debido crédito.

De Ud. respetuosamente subordinado y atento servidor.—*J. Rosas Landa.*

*
* *

De Oaxaca á México, Marzo 29 de 1899.

Señor Capitán
D. José Rosas Landa.

Muy estimado Compañero:

He recibido los Apuntes que para su revisión se sirvió Ud. mandarme, los que encuentro exactos en cuanto á los hechos que á ellos se refieren, nombres de personas, fechas y lugares, salvo alguna que otra cosa ó detalle no esencial que se le ha escapado, pero que era natural que así sucediera dada la esfera en que Ud. militó y en la que no podía estar al tanto de todo lo ocurrido, como Ud. mismo lo explica en sus referidos Apuntes. Creo que no carece de mérito la labor emprendida por Ud. y por la que lo felicito asegurándole que sería bien acogido su trabajo si llegara á publicarlo.

De Ud. con toda estimación afmo. compañero y S. S.—*Prisciliano M. Benítez.*



APUNTES Y RECUERDOS.

PRIMERA PARTE.

Estábamos á principios del año de 1872.

El Plan de la Noria recientemente expedido por el General Porfirio Diaz, había sido recibido por muchos con verdadero entusiasmo. Las actas de adhesión se sucedían unas á otras, y los pronunciamientos secundando dicho Plan eran el pan cotidiano de aquellos días.

El inmenso prestigio que rodeaba al Gral. Diaz con motivo de sus recientes campañas contra los imperialistas y franceses, le daba un renombre que otros hombres menos afortunados envidiaban con razón ó sin ella, pero de cierto que le envidiaban.

Entre los Estados donde más bien y con mayor entusiasmo se recibió la proclama del General Diaz se encontraba Jalisco, del cual

una gran mayoría de ciudadanos tenían á grande estima ser considerados como "Porfiristas." Así se les llamaba y con ese nombre fueron y aún son conocidos casi todos los amigos de la revolución encabezada por tan bizarro caudillo.

La revolución se extendió pronto por todos los Estados de la República. Cierto era que el elemento oficial pretendía á todo trance sostener el orden de cosas establecido, apoyado en la fuerza bruta; pero si el gobierno contaba con un mar de bayonetas para ahogar los impulsos de la revolución, el partido contrario, esto es, el de la oposición, el que proclamaba al General Diaz como su jefe y caudillo, tenía de su parte la simpatía y la opinión pública que anhelaba un cambio radical en la marcha administrativa del país. Y no podía ser de otro modo. Todos ó casi todos los ciudadanos de la República deseaban un cambio en la Administración. Así es que tan luego como se dió á luz el Plan de la Noria, éste fué acogido con beneplácito y secundado con verdadero entusiasmo. Sin embargo, en muchos casos y en muchas partes los pronunciados no contaban con más elementos de combate que la buena voluntad que los animaba, y no tenían otras armas de defensa que su noble pecho, el cual exponían gustosos al destrozo de las balas enemigas,

sirviendo tan generosa sangre de fecundante abono á la tierra que los vió nacer.

El elemento estudiantil era también uno de los que más se distinguían por sus simpatías al General Diaz y á la obra de regeneración por él iniciada.

* * *

—Adios, chico. ¿Qué vientos te traen por aquí? ¿Acaso andas haciendo la *pinta?*

—No, ¿y tú?

—Acabo de salir de cátedra y ando por aquí como ya lo ves, con los libros debajo del brazo.

—¿Y para dónde vas?

—Eso no se dice.

—Se me figura que eres de los nuestros.

—¿Quiénes son los de ustedes?

—Los "Porfiristas."

—¡Cómo! tú?

—Sí, y otros varios compañeros que van adelante y que, como yo, desean prestar sus servicios á los pronunciados.

—¡Chico, dame un abrazo!

—¡De buena gana! ¿No te lo decía que se me figuraba que eras de los nuestros? Desde á legua se conoce que vas en busca de una fuerza pronunciada para sentar plaza en ella.

—Tú lo has dicho, pero no te descubrí des-

de luego mis intenciones porque francamente dudaba que fueras de los nuestros.

—¡Vaya, tú de los nuestros y yo de los tuyos! Eso quiere decir que ambos somos "Porfiristas," que abrigamos un mismo ideal y que las mismas aspiraciones gravitan en nuestro pecho.

—Pues no lo dudes, yo soy "Porfirista."

—Y yo también, y como una prueba de simpatía hacia el caudillo de la revolución, y para demostrar mi conformidad con las bases en que ésta se funda, he resuelto abandonar los estudios, la tranquilidad del hogar y todo para lanzarme á la lucha.

—Y por eso andas por aquí con los libros debajo del brazo, lo cual quiere decir que al salir de clase ya ni á tu casa has vuelto.

—Es la verdad.

*
* *

Efectivamente: varios estudiantes abundando en las mejores simpatías hacia la revolución que acababa de estallar, y teniendo á honra ser considerados como "Porfiristas" y ser así llamados, abandonamos los estudios y nos lanzamos á la lucha con todo el entusiasmo que engendra la juventud. Nada nos arredraba. Ibamos á jugar nuestro porvenir, pero lo hacíamos en obsequio de una causa que

considerábamos justa. Era la causa del pueblo que se levantaba en armas para sacudir el yugo de la opresión que lo asfixiaba, y repeler con la fuerza lo que por la fuerza se le quería imponer. Esto nos era bastante por una parte, y por otra, la confianza que nos inspiraba el caudillo de la revolución era más que suficiente para no vacilar en el paso que dábamos.

El dilema era este: O seguir los estudios que con el tiempo nos darían un nombre bajo el amparo de un título profesional, y en ese caso permaneceríamos indiferentes al movimiento revolucionario que acababa de iniciarse, ó abandonábamos los estudios para lanzarnos á la revolución, y entonces demostrábamos con ese solo hecho nuestra conformidad con los principios en que ella se basaba y nuestra simpatía hacia el jefe que la encabezaba. Sin vacilar optamos por lo segundo.

Tal vez nuestra falta de experiencia y nuestro juvenil entusiasmo nos hacían ver las cosas con los más brillantes colores y bajo el prisma más halagador. Como quiera que haya sido, el paso estaba dado y sin vacilación seguimos adelante.

*
* *

—Bueno, pero ahora ¿para dónde te diriges?

—Algunos amigos me han invitado para el cercano pueblo de San Agustín.

—Lo mismo pasa conmigo.

—Me han dicho que allí es el punto donde debemos reunirnos para dar el grito de rebelión.

—Igual cosa me han dicho á mí.

—Entonces seguiremos juntos nuestro camino ya que la casualidad ha hecho que nos encontrasemos.

—Aparte de que somos compañeros de colegio, que ambos tenemos un mismo parecer por lo que respecta al actual orden de cosas, y que....

—Y que sin vacilación hemos abandonado los estudios y nuestra tranquilidad en el seno de la familia.

—Lo que ciertamente ya es un mérito que se nos tendrá en cuenta cuando triunfante la revolución nuestros servicios sean reconocidos.

—Sigamos pues adelante, pero ante todo, ¿qué armas traes?

—Yo ninguna, ¿y tú?

—Tampoco traigo nada, pero me han asegurado que en San Agustín se nos armará á todos y se nos darán caballos.

—Lo mismo me han asegurado á mí.

—Y en cuanto á dinero, ¿cómo te encuentras?

—Apenas he podido reunir veinte reales

con lo que me dió el encuadernador D. Narciso Agredano por unos libros que le vendí y con algo que yo traía en la bolsa. ¿Y tú?

—Yo sólo conseguí que me prestaran tres pesos por mi reloj.

—Creo que con ésto tendremos lo bastante para comenzar.

—Pues adelante y que Dios sea con nosotros.

—¡Adelante!

* * *

Después de algunas horas de camino llegamos á San Agustín, pueblo situado á cinco ó seis leguas al Sur de Guadalajara. Allí nos encontramos con varios compañeros y amigos que nos presentaron con la autoridad política del lugar, quien simpatizaba con la revolución y andaba dando pasos encaminados á lanzarse á ella, aunque con ciertas reservas.

En la reunión que tuvimos para tratar del asunto que allí nos llevaba, después de algunas discusiones se acordó que á la siguiente noche daríamos el grito de rebelión. Los allí reunidos nos dividiríamos en dos grupos: uno se dirigiría á la cárcel á fin de capturar á la guardia y apoderarse de sus armas, y el otro aparentaría sorprender en su casa á la autoridad política, á quien tomaría como

prisionera y nos la llevaríamos al abandonar el pueblo.

Después de combinado este plan se levantó el acta correspondiente y se escribió la proclama en la que secundábamos en todas sus partes el Plan de la Noria, firmando al calce todos los allí presentes que lo fuimos, aparte de la autoridad política, (1) los señores Feliciano Escobar, Tiburcio de la Peña, José M. García de León, Jesús Salcedo, Francisco Garibi, Carlos Tapia, este humilde servidor de ustedes, y dos ó tres más cuyos nombres no recuerdo.

Pero con sorpresa vimos que no había nada de las armas ni de los caballos de que se nos había hablado. De los que fuimos á sorprender á la guardia de la cárcel, apenas uno lle-

(1) Se llamaba Luis García; pero como al escribir estos Apuntes un amigo me hizo la observación de que dicha autoridad, que después fué nuestro primer jefe, no se llamaba Luis García sino Luis Rodríguez, por respetar la opinión de mi amigo no pongo arriba ningún nombre. Por si hubiera alguna duda, fácil habría sido subsanarla consultando el archivo del gobierno; pero en ese caso estos Apuntes perderían el mérito de la originalidad cuando se supiera que yo había estado consultando documentos oficiales, y mejor he querido que mi escrito conserve ese mérito, que para mí es el único que tiene, antes que poner el nombre de nuestro jefe, con cuya omisión sin embargo creo que en nada se perjudica la narración histórica.

vaba una escopeta de caza de dos cañones, otro iba armado con una hoz, y otro portaba un asador, pero uno de aquellos enormes asadores que se usaban antiguamente parecidos á los llamados verduguillos.

La guardia á quien sorprendimos se componía en aquel momento de solo cuatro hombres; y en cuanto á sus armas y municiones, no tenían más que dos inservibles mosquetes, dos bayonetas que parecían alcayatas, y una vieja canana con cinco cartuchos. Pero cabe decir aquí en honor de la verdad que estos cuatro hombres tomaron á lo serio la sorpresa, por no estar tal vez enterados de lo que se tramaba, é intentaron defenderse; pero pronto se vieron obligados á rendirse sin tener tiempo para disparar siquiera un solo tiro.

Naturalmente que con todo lo sucedido hubo alguna alarma en el pueblo, porque no faltaron carreras, gritos de "¡viva Porfirio Diaz!" y uno que otro disparo al aire. Esto aconteció entre siete y ocho de la noche y á la misma hora abandonamos el pueblo para remontarnos en el cerro más inmediato, considerando que luego habría de ponerse en persecución nuestra la fuerza que estaba en la Casa Fuerte. Inútil parece decir que desde aquel momento la persona que representaba la autoridad política de San Agustín, dejó de ser nuestra prisionera para convertirse en nuestro jefe nato.

La noche la pasamos con la consiguiente zozobra, y al otro día comentábamos nuestra primer hazaña sentados tranquilamente á la sombra de los árboles en lo más espeso y elevado de la montaña.

*
* *

—¿Qué tal principio de cuentas, chico?

—No estuvo tan malo para ser un principio, pero lo que me ha llamado la atención es que nuestro jefe haya aparentado aquello de la sorpresa y su consiguiente captura.

—Sus razones tendría para hacerlo.

—Pero entonces, ¿cómo se explica que en la acta que firmamos aparezca él como encabezando nuestro pronunciamiento?

—No lo sé, pero repito que sus razones tendría para obrar así, y nosotros como sus subordinados no podemos ni debemos hacer comentarios sobre el asunto.

—Y en cuanto á las armas que se nos prometieron, ¿tampoco podemos decir nada?

—Pues, chico, reclámaselas al jefe y verás como luego te despacha á que vayas á quitárselas al enemigo.

—Ya quisiera que fuera en el acto.

—Paciencia, hombre, paciencia!

—Pero si nos hemos lanzado á la lucha, claro es que ha de haber sido para luchar.

—Siento decírtelo, pero la verdad es que de estas cosas no conoces de la misa la media, por más que en el colegio hayas obtenido siempre las mejores calificaciones.

—Todo puede ser, pero ¿no te parece que estamos haciendo un papel muy ridículo ocultos entre estos matorrales?

—Lo que me parece es que un abogado te ganará en leyes, pero no en contradicciones.

—Contradicciones que no carecen de razón.

—Pues ahora mismo voy á probarte lo contrario.

—Véamoslo.

—En primer lugar, nuestro levantamiento ha sido del todo aislado. Quiero decir con esto que para llevarlo á cabo, no hemos contado con el apoyo de ninguna fuerza militar. Si con nosotros se hubiera pronunciado todo un batallón de infantería ó un regimiento de caballería, desde luego nos encontraríamos bastante fuertes para meternos á cualquier punto de importancia y para hacer frente al enemigo donde quiera.

—¿Y en segundo lugar?

—En segundo lugar, la mayoría de nosotros la componemos puros estudiantes y artesanos que nada sabemos, entiéndolo bien, nada sabemos del arte de la guerra.

—Creo que no sería necesario que todos nosotros fuesemos unas lumbreras por lo que

hace á conocimientos militares, pero ¿y en tercer lugar?

—En tercer lugar, ninguno de nosotros se halla armado, y sería una temeridad que sin armas nos aventurásemos á tener un encuentro con el enemigo.

—Cierto que no tenemos armas, pero creo que nos bastaría el arrojo y la decisión de que se han servido nuestros héroes para formar su pedestal de gloria.

—¿Y querrías acaso ir á luchar con el enemigo á bofetada limpia, por más que te sobrase el arrojo y la decisión de que haces mérito?

—Bueno, ¿y en cuarto lugar?

—¡Silencio, que allí viene nuestro jefe!

*
* *

Una vez llevado á cabo nuestro levantamiento como ya queda dicho antes, nos internamos en lo más espeso de la sierra sin atrevernos á presentarnos en el rancho de menor importancia. Al ganar el monte fueron enviados por nuestro jefe dos comisionados á Mascota, en donde por entonces tenía su cuartel general el General en Jefe de las fuerzas pronunciadas en Jalisco. Esos comisionados, que lo fueron los Sres. Feliciano Escobar y Tiburcio de la Peña, los únicos que entre nosotros, aparte de nuestro jefe, andaban montados y

mejor armados, eran portadores de varios pliegos que fácil era suponer serían los relativos á dar parte de nuestro levantamiento al superior, la acta de adhesión, etc. Con la partida de esos compañeros nosotros quedamos más imposibilitados aun para nuestra propia defensa, ya que por entonces nos era imposible tomar la ofensiva.

Entre nosotros no había más militar, aparte del jefe, que es de suponerse que lo era cuando se daba el título de Coronel, que el Capitán García de León, del que decían que en tiempo de los franceses había servido en el llamado "Regimiento de la Emperatriz." De los demás, unos éramos estudiantes y otros artesanos que por primera vez tomábamos parte en semejantes aventuras, y no teníamos ni la experiencia que razona ni el cálculo que dirige, y todos andábamos á pie y sin armas. Los dos mosquetes roñosos que quitamos á la guardia de la cárcel no servían para nada, la canana aquella había quedado olvidada no se sabía donde, la escopeta de caza de que se ha hablado no tenía tiros: nos quedaban solo la famosa hoz, el terrible asador aquel, y las dos bayonetas que sin funda pendían risiblemente de la cintura de quienes las portaban. Tales éramos los combatientes y tales eran los elementos de combate con que contábamos para desafiar al enemigo.

Como se ve, nuestra situación era en extremo crítica. Y á esto había que agregar la falta absoluta de provisiones de boca. Así es que, naturalmente, tal situación tenía de mal humor á varios de nosotros, y aun se escuchaban por lo bajo algunas murmuraciones; pero después de todo, ¿qué podíamos hacer para salir de semejante estado de cosas? . . . . Al fin logramos matar un novillo y su carne hecha tasajos, salada y expuesta al sol era lo único que nos servía de alimento. Pero en cambio teníamos de sobra mucho entusiasmo, ciertamente, y eso era lo que nos sostenía en aquellas excepcionales circunstancias y lo que nos daba fuerzas y valor para soportar tan terribles pruebas.

* * *

—¿Qué pecadillos estaremos purgando cuando pasamos por tales sufrimientos?

—No lo sé, pero estas soledades son muy á propósito para que hagas tu examen de conciencia.

—Chico, ¿te burlas?

—No, solamente respondo á tu pregunta.

—¿Pero quién se refiere á la conciencia que hay que examinar?

—Quién habla de pecados que piensa estar purgando.

—Pero á lo menos convendrás conmigo en que no hemos venido aquí como se va á una tanda de ejercicios espirituales.

—Casi, casi.

—¿Cómo es eso?

—Me explicaré: aquí hemos venido, como se va allá, por nuestra propia voluntad.

—Es cierto.

—Aquí estamos sujetos á privaciones y sufrimientos, como dicen que lo están los ejercitantes.

—También es cierto; pero en fin, ¿cuál es la conclusión que quieres sacar de todo esto?

—La de que estamos en ejercicios.

—Pero hombre, parece que hoy estás de broma.

—No, lo que parece y más que parecerse llega á la realidad, es que el estado que guardamos está siendo para nosotros ni más ni menos que una tanda de ejercicios.

—¡Habrase visto!

—Claro, porque sin creer que estemos purgando algún pecado, luego se ve que estamos bajo la influencia de los trabajos, la abstinencia y otras cosas que me callo.

—Entonces creo que sería mejor decir de una vez que nos estamos ejercitando en los trabajos, la abstinencia y en las cosas que te callas.

—Ciertamente, y á esa deducción quería llevarte por analogía.

—De todos modos, esto ya se está haciendo demasiado pesado.

—Pero que nos servirá de mucho en la nueva senda que vamos á seguir, pues no me negarás que la vida de campaña es una vida de trabajos y sufrimientos que requiere verdadera abnegación, y para todo esto hay que ejercitarse.

—Tienes razón, y por lo tanto convengo en que nos estamos ejercitando para sobrellevar esa vida como es debido.

—¡Fuego!

—¡Fuego!

*
* *

Mientras nosotros comentábamos como podíamos la precaria vida que llevábamos, nuestros compañeros de trabajos é infortunios hacían por la suya cuanto les era dable hacer en aquellas circunstancias y entre aquellos barrancos. Habíanse algunos sentado al rededor de una pequeña lumbrada hecha con el objeto de asar en ella sus tasajos de carne, y ya sea por descuido ó porque el viento hubiese arrastrado alguna chispa, el hecho es que comenzó á incendiarse el pasto. Como por encanto cundió la alarma, y como por lo mismo

el fuego cundía de una manera asombrosa, para lo cual contribuían poderosamente el aire por un lado y la resequedad de las materias inflamables por el otro.

El hecho en sí mismo no habría tenido novedad alguna en otras circunstancias, pero en las que nos encontrábamos sí era de mucha significación; porque elevándose el humo á bastante altura para ser visto de las poblaciones inmediatas, venía á denunciar nuestra presencia en aquel lugar. Así es que pasada la primera impresión del momento, y dándonos el ejemplo nuestro jefe, procedimos á sofocar el incendio.

Tan violento como lo requería el caso cortamos algunos ramajos y con ellos comenzamos á azotar el suelo á fin de impedir que el fuego siguiera propagándose. Los que no pudieron hacerse de una rama de arbol para convertirla en "máquina extinguidora de incendios," hacían uso de sus sombreros ó de sus ropas de vestir para maniobrar con ellas como mejor podían. Al fin logramos aislar en una pequeña zona el elemento devorador, y entonces nuestros esfuerzos fueron encaminados á sofocarlo por completo, lo que conseguimos con no poca fatiga. Poco después, cansados y sudorosos, teniendo á la vista aquellas cenizas aún humeantes, celebrábamos con risas y comentarios aquel insidente que por un

momento vino á turbar la monotonía y el silencio de aquellas soledades.

***

—Chico, esto ya me parece de mal agüero.

—Y para mí es de buen augurio.

—¿Después de haber sucedido precisamente cuando cumplimos siete días de estar ocultos por aquí?

—¿Y qué tiene que ver en esto el siete? ¿Acaso participas de la superstición que algunos tienen acerca de ese número?

—Será superstición ó lo que tú quieras, pero la verdad es que esta coincidencia ya me parece sospechosa.

—Lo que yo sospecho es que tal vez por efecto del sol estás perdiendo la vista.

—Pero si puedo leer una carta á media noche.

—Con luz, no lo dudo.

—Y sin ella también.

—Entonces, ¿cómo es que con tan buenos ojos, y á la luz del día, no hayas visto que nuestro jefe echó en la lumbre un haz de yerbajos secos.

—Sí que lo ví; ¿pero qué tiene esto de particular cuando el mismo jefe estaba asando su tasajo de carne seca?

—Pues la particularidad que encierra ese

hecho en sí mismo tan sencillo, es que al hacerlo nuestro jefe ya tenía su cierta intención.

—¿Me irás á decir ahora que intentaba asarnos á todos en el monte?

—No, pero sí que trataba de hacer una señal.

—¿Para qué?

—Para que se supiese dónde nos encontrábamos.

—Si así hubiera sido no habría demostrado tanto interés por sofocar el incendio.

—Y lo hizo así porque su objeto no era incendiar el monte, sino sólo hacer una señal probablemente de antemano convenida.

—¿Con quién?

—Con los comisionados que fueron á Mascota.

—¿Pero de dónde sacas esas cosas?

—Del hecho de que esos comisionados están á nuestra vista; míralos, allá vienen.

—¡Escobar, Peña!

***

Los comisionados que por nuestro jefe fueron enviados á Mascota, acompañados de un guía conocedor de aquellos terrenos, regresaron á nuestro campamento precisamente en aquel momento en que menos los esperábamos. Traían en su poder algunos oficios del

general en jefe de las fuerzas pronunciadas en Jalisco, que por entonces lo era el General Francisco Labastida. En esos documentos venían el reconocimiento de nosotros como partidarios y defensores de una misma causa; el reconocimiento y aceptación de nuestros nombramientos y empleos militares; la autorización á nuestro jefe para que con nosotros formase un cuerpo de caballería y procediera á proveerse de armas y caballos; y la orden para que bajando del cerro comenzásemos á expedicionar de acuerdo con las instrucciones del cuartel general.

Traían también una hojita suelta que se publicó en Mascota, en la que se noticiaba nuestro levantamiento y se nos tributaban elogios por nuestro arrojo para pronunciarnos en las goteras mismas de Guadalajara. Naturalmente, los conceptos emitidos en esa hojita halagaban demasiado nuestra vanidad de estudiantes *destripados*, pero convertidos entonces por nuestro juvenil entusiasmo en defensores de una causa que considerábamos justa. Como no llevaban más que dos ejemplares de la referida hojita, estos pasaban entre nosotros de mano en mano para leerlos repetidas veces y contemplar con satisfacción nuestros nombres impresos con letras de molde.

Fácil es comprender cuánto gusto nos daría el regreso de estos buenos amigos con quienes

ya nos ligaban los lazos de compañerismo y de confraternidad, tanto más cuanto que no esperábamos verlos tan pronto entre nosotros para que tomasen parte, ya fuese en nuestras fatigas y sufrimientos, ó ya en nuestros mutuos regocijos.

Bajamos, pues, del cerro tan pronto como nos fué posible, hechos una lástima ciertamente, pero rebosando en todos el contento y poseídos del mayor entusiasmo porque ya íbamos á entrar en acción, tomando desde luego nuestra existencia de pronunciados una faz enteramente distinta de la que hasta entonces había tenido.

***

—Ahora sí, parece que hemos terminado.

—Al contrario, ahora vamos á comenzar.

—Iremos á comenzar nuestra vida de combate, pero no me negarás que todos nuestros trabajos y sufrimientos han concluido, una vez que ya bajamos del cerro.

—Ojalá que así fuera, pero es todo lo contrario.

—¿Quiéres decir que volveremos á los sufrimientos que teníamos en el cerro?

—A los mismos, aunque diferentes.

—Entonces mejor habría sido que no hubiéramos bajado de allá.

—Y si de allá no hubiéramos bajado, aquello no habría concluido.

—¿Por qué dices entonces que aquello no ha terminado?

—Porque aquello no fué sino el principio de lo que por nosotros va á pasar.

—Pero hombre, si ya vamos á entrar en acción.

—Entonces no es que por nosotros vaya á pasar algo, sino que nosotros vamos á pasar por algo que no va á ser ni más ni menos que la segunda edición aumentada y corregida de lo que teníamos en el cerro.

—Veo que ahora estás incomprensible.

—Lo que no se comprende es cómo puedes creer que porque ya bajamos del cerro, nuestros trabajos hayan terminado.

—¿Dudas acaso del triunfo de nuestra causa?

—No, ni por un momento.

—Entonces, ¿por qué tanta insistencia en aquello de los trabajos y sufrimientos?

—Porque el triunfo de nuestra causa depende de nosotros y de todos los que como nosotros la defienden.

—Ciertamente, y por eso ya vamos á luchar para coadyuvar á ese triunfo.

—A luchar dijiste; mas recuerda que toda lucha requiere abnegaciones y sacrificios, trabajos y sufrimientos.

—Sí, pero ya estando montados y armados todo será diferente.

—Tú lo has dicho, y por lo tanto convienes en que volveremos á lo mismo que teníamos en el cerro, aunque diferente.

*
* *

En efecto, como si hubieran sido proféticas las palabras de la conversación anterior, nosotros nunca nos vimos libres de los más atroces sufrimientos ni de las más duras privaciones. Parecía que la fatalidad se cernía sobre nuestras cabezas ó que una terrible maldición pesaba sobre nosotros. De esto se convencerá quien tenga paciencia para seguir leyendo estos mal formados Apuntes y Recuerdos.

Pero como no quiero cansar al lector tan pronto que apenas comenzada su lectura arroje con fastidio este pequeño librito, no seguiré narrando aquí punto por punto lo ocurrido desde que, habiendo bajado de la montaña, comenzamos nuestra vida de combate. Básteme decir que en pocos días nos vimos algunos de nosotros montados y armados, con armas y caballos por supuesto tales como lo permitían las circunstancias, malas las unas y peores los otros; pero en fin más valía aquello que nada, y si no teníamos cuando menos

la apariencia de una tropa regularmente equipada sí aparentábamos tenerla, y tanto, que no temíamos meternos á las poblaciones de regular importancia, como lo habría hecho una fuerza respetable por su número ó por su armamento.

Después de varios días de marchas y contramarchas en que no nos dábamos un momento de reposo, nos dirigimos á Mascota, habiéndonos incorporado antes á otra pequeña fuerza á cuyo frente se encontraba el General Francisco Labastida. Al ir bajando la cuesta, como á las tres de la tarde, vimos que las fuerzas del gobierno, en número como de doscientos hombres bien equipados y armados y con una pieza de montaña, salían de la población, esquivando encontrarse con nosotros. Sin embargo, obligado por nuestra aproximación, el enemigo se parapetó tras una cerca de piedra que estaba inmedia á un punto que le llaman el Atajo. Nosotros entonces avanzamos á todo galope á fin de tomar posiciones y evitar en lo posible que el enemigo se hiciera fuerte tras de dicha cerca. En nuestro rápido movimiento nuestros caballos levantaron tal polvareda que probablemente para el enemigo pareceríamos un gran número de combatientes, y esto lo desmoralizó un poco, porque cuando nos pusimos á tiro sus fuegos eran muy flojos. Visto esto, nosotros avanza-

mos todavía con mayor rapidez, y pronto logramos salvar la cerca que servía de parapeto al enemigo, con lo cual entre las filas de éste se introdujo el desorden que pronto se tradujo en derrota, rindiéndose la mayor parte, dispersándose los demás, y quedando en nuestro poder la famosa pieza de artillería cuyos disparos, entre paréntesis, ningún daño nos causaron. (2)

Poco después, en Talpa, tuvimos el gusto de ver reunidos varios cuerpos de nuestro partido que hacían en junto un regular número de combatientes. Se decía que nuestra concentración en aquel lugar tenía por objeto presentar el mayor número posible de fuerzas al enemigo, que poco á poco había ido estrechándonos. Salimos de Talpa, y en las Lomas de las Animas nos encontramos frente al enemigo listos para batirlo. Como á las ocho de la mañana comenzaron á tirotearse nuestras avanzadas, y poco después quedaba establecida la acción habiendo formado nosotros una escuadra apoyados en una cerca de piedra. Las granadas del enemigo venían á hacer explosión entre las patas de nuestros caballos, á donde eran dirigidas claramente con el objeto de introducir el desorden en nuestras filas; pero lo-

(2) Según supe, el jefe que mandaba la fuerza enemiga era de apellido Belloso, y tenía por álias el "Negro."

gramos conservanos en nuestros puestos hasta que el enemigo enprendió su retirada para el rancho de Gallineros, quedando nosotros en nuestras posiciones y aun puede decirse que dueños del campo; porque allí permanecimos hasta en la tarde, hora en que avanzamos hacia las posiciones que el enemigo había tomado nuevamente, sin dejar de hostilizarlo y de ponerle varios hombres fuera de combate, quedándonos entonces en observación hasta otro día que nos dirigimos á Talpa en donde se nos recibió con repiques de campanas y entre las aclamaciones del pueblo.

Seguimos luego con rumbo á la costa á fin de proveernos de municiones porque eran éstas tan escasas entre nosotros, que la acción de las Animas la concluimos precisamente con los cartuchos que quitábamos á los mismos muertos del enemigo.—Este es un hecho histórico que pueden certificar cuantos vivan de los que tomaron parte en esa función de armas.—Las fuerzas enemigas, compuestas de las tres armas, eran mandadas por el Gral. Remedios Meza, y tuvieron varios muertos y como cuarenta heridos que se llevaron, según nos dijeron los mismos vecinos de Gallineros, quienes nos aseguraron haber visto al enemigo pasar por dicho pueblo en completo estado de desmoralización, siendo además muy trabajosa su marcha por el gran número de heridos que

llevaba. Sin embargo, poco después vimos que en publicaciones oficiales se avisaba que habíamos sido derrotados por completo (3)

*
* *

—Chico, ahora sí ya podemos llamarnos cristianos.

—¿Y por qué se te ocurre semejante paradoja?

—Porque ya recibimos nuestro bautismo de fuego.

—Y de ello me glorío, pero no veo la razón de que este hecho nos habilite del nombre de cristianos. ¿No lo teníamos ya desde que nacimos?

—Sí, y tal vez desde antes; pero como á los apóstoles no se les llamó cristianos sino hasta después de recibir su bautismo de fuego el día de Pentecostés. . . .

—Pero hombre, no seas bromista. ¿Qué tiene que ver esa narración bíblica con los combates pue acabamos de librar?

—Tiene cuando menos su cierta analogía.

---

(3) Esto que por cierto no es nuevo, para nosotros que comenzábamos á vivir nos parecía sumamente extraño, y no atinábamos á explicarnos cómo era posible que apareciesen semejantes mentiras nada menos que en impresos oficiales. ¡Cosas de nuestra falta de experiencia!

—Pero si aquel fuego no era del que producen las bombas al estallar, ni en el hecho se refieren cargas á la bayoneta, ni maniobras de caballería, ni se dió parte al superior del número de muertos, heridos y prisioneros hechos al enemigo.

—Y no obstante, antes de aquello á nadie se le daba el nombre de cristiano.

—¿Quiére decir que nosotros tampoco podíamos llamarnos así antes de las acciones de armas en que nos hemos encontrado?

—Lo que esto quiere decir es que como ahora ya apestamos á pólvora ya podemos llamarnos soldados.

—Según eso, ¿antes no lo éramos ni de nombre?

—Ciertamente, porque sin habernos encontrado en ninguna acción de armas, y sin conocer más fuego que el de nuestras estufas, impropiamente podríamos llamarnos soldados.

—Pero si á mí me han platicado de algunos que nunca en su vida se han encontrado en ninguna acción de guerra, y no por eso dejan de darse pomposamente el título de soldados.

—Es posible que así sea, pero después de todo, ¿querrías tú ser alguno de ellos?

—¡Oh, nunca!

—Entonces fácilmente comprenderás la razón que tengo para decirte lo que te digo.

—Y yo te digo que voy á decirte que me

hablas la pura verdad, pero como lo haces en un estilo paradójico y lleno de metáforas, es imposible comprenderte desde luego.

—Pues haciendo á un lado el estilo metafórico y hablándote sin paradojas, te diré lisa y llanamente que las acciones de armas en que nos hemos encontrado hace poco, ya nos dan con justicia el nombre honroso de soldados; y mientras más hechos de esa naturaleza registremos en nuestra hoja de servicios será mejor, porque eso nos acredita como militares.

—Ojalá que así sea.

* * *

Entre los varios cuerpos que tomaron parte en la acción de Las Animas, recuerdo los que mandaban los Coroneles Urbano García, Macario Pérez y Leonardo Pintado; el cuerpo "Guías de Jalisco" mandado por el Comandante Jesús García; las Infanterías de Talpa mandadas por el Comandante Padilla (4); la guerrilla de Serafín, y algunas otras fuerzas. Después de la acción esos cuerpos fueron

(4) Era el jefe de ese cuerpo el entonces Teniente Coronel Prisciliano M. Benítez, sólo que en esos días dicho jefe desempeñaba las funciones de pagador general de la división y las de mayor general al lado del General Labastida, y por eso no estaba al frente del referido cuerpo.

mandados para expedicionar por diferentes rumbos. Algunos de los que nos pronunciamos en San Agustín resolvimos apartarnos de nuestro primer jefe, y bajo las órdenes del Coronel Casiano Morales fuimos á recorrer la línea entre Teuchitlán, Ahualulco, Etzatlán y otros puntos. Esto en nada mejoró nuestra situación, porque los recursos que de vez en cuando llegaban á facilitar los pueblos no eran ni con mucho suficientes para que mal pasásemos la vida. Por otra parte, éramos unos cuantos armados con fusiles de aquellos larguísimos de abrazaderas amarillas, de los que recordarán bien nuestros viejos soldados; y esta circunstancia unida al hecho de que la mayoría andábamos á pie, desdecía mucho del título de "el Séptimo de Caballería" con que se nos denominaba. (5)

Poco tiempo después nos reunimos con otras fuerzas en las barrancas de Santa Clara. Se decía que el objeto de esa reunión era im-

(5) Digo aquí que "la mayoría *andábamos* á pie," y esto parecerá contradictorio cuando en la página 23 queda dicho que "algunos de nosotros *nos* vimos montados;" pero esta aparente contradicción se explica con el hecho de que cuando resolvimos apartarnos de nuestro primer jefe, éste nos quitó los caballos que montábamos, diciendo que pertenecían á su cuerpo: y yo era uno de los que andaban á pie cuando ya pertenecíamos al cuerpo á que me refiero después.

pedir el paso de un armamento que fuertemente custodiado venía de Colima para Guadalajara; pero al fin no hubo ninguna acción de armas y los diversos cuerpos allí reunidos fueron nuevamente mandados á expedicionar por distintos rumbos, hasta que otra vez nos reunimos en Ameca, y poco desqués tuvimos la acción del Zapote Como con ese hecho de armas comienzan los "Apuntes" á que se refieren las cartas que van insertas al principio de este impreso, los pondré aquí tal como fueron enviados para su revisión, de México á Oaxaca, al Sr. Coronel Prisciliano M. Benítez. Permítaseme pues suspender las conversaciones que he venido intercalando en las páginas de este librito, y dése el lector la molestia de leer de un tirón esos "Apuntes" que son el origen de este impreso. Dicen así:—

"Comenzaré con lo del Zapote: (6)

"El enemigo era superior en número á nosotros y fuerte en las tres armas. Después de varios disparos y tomadas las posiciones correspondientes, la música del enemigo tocó primero el 'Himno de Juárez' y después el 'Himno Nacional,' quedando entonces generalizados los fuegos y funcionando la artillería enemiga. Nuestra fuerza se componía en su totalidad de pura caballería, y estaba ten-

(6) Lugar situado cinco leguas al poniente de Cocula.

dida en orden de batalla en la llanura, mientras una pequeña altura ó cerro que se eleva á un lado de las casas estaba defendido por algunos de infantería que en números redondos no llegaban á 20 hombres. (7) Nuestra retirada se hizo en el mejor orden y no tuvimos que lamentar muchas pérdidas. Cualquiera que se haya encontrado en ese hecho de armas recordará que así pasaron las cosas, sobre todo, aquello de la música que es natural

(7) Defendíamos esa altura los que militábamos bajo las órdenes del Coronel Casiano Morales. Formábamos el 7 ° de Caballería; pero como casi todos andábamos á pie, y estábamos armados con fusiles impropios de la arma á que pertenecíamos, se nos colocó en esa altura en donde hicimos las veces de soldados de infantería. Eramos en todo trece hombres; pero aunque parezca feo decirlo, debo hacer constar aquí en honor de la verdad, que esos trece hombres defendimos bizarramente el punto que se nos había encomendado, sosteniendo por todo el tiempo que duró la acción, el fuego combinado de dos compañías de infantería enemiga que fueron lanzadas en nuestra contra. Y aunque el enemigo era superior á nosotros en número y armamento, no pudo tomar el punto que defendíamos sino hasta después que nosotros lo abandonamos, cuando vimos que el grueso de nuestra fuerza ya había emprendido su retirada. Nuestro Coronel y un Teniente que andaban montados, no se encontraron entonces con nosotros; y yo tuve que hacer de jefe de nuestra pequeña fuerza, porque á nuestro capitán se le ocurrió disfrazarse de trompeta, y tomando un clarín se entretuvo en hacer con él *toritos* al enemigo, sin ocuparse de otra cosa. Por mi comportamiento en esa acción, que no puedo ni debo decir si fué bueno ó malo, mi Coronel me ascendió á Teniente, dándoseme á reconocer como tal en nuestro cuerpo y militando después en esa clase hasta que concluyó el primer período la revolución. Nuestro capitán, que era el mismo García de León que aparece consignado al principio de estos Apuntes cuando refiero nuestro pronunciamiento en San Agustín, á poco solicitó su baja y regresó á Guadalajara, en donde permaneció sin volver á tomar parte en la contienda. A mi lado, como segundo mío, se encontraba el Alferez Cosme González, á quien algunos años después lo ví en esta ciudad, ya ascendido á Capitán, sirviendo en uno de los cuerpos del Estado, cuando era Gobernador del mismo el Lic. Fermín González Riestra. Entiendo que este Cosme sirve actualmente en dichas milicias, y él puede certificar todo lo que aquí refiero, por constarle de vista y haber tomado parte en esos hechos.

haya sido oída de todos; y por cierto que esa música era la del 14 de Caballería que en Guadalajara ocupaba el Cuartel de San Juan de Dios. (8)

"Una vez nos reunimos varias fuerzas y entramos á Ameca. Pos esos días, una tarde ya al oscurecer, hubo alguna alarma con motivo de oirse varios disparos. La versión que circuló entre nosotros fué que un hombre había sido pagado para que asesinara al Coronel Luis Labastida, pero que por equívoco ó por

(8) Quedaba ese cuartel precisamente en donde aho-

cualquiera otra causa tal hombre no había podido llevar á cabo el asesinato que se le encomendara, aunque se cambió con algunos jefes varios tiros por lo cual resultó herido de un brazo, siendo luego capturado y pocos días después fusilado. Cualquiera que entonces haya andado entre nosotros recordará esta circunstancia que fué bien sabida, porque en nuestras marchas ese hombre era conducido

ra es el mercado 'Libertad' de esta ciudad. En la banda de música de ese cuerpo, que cuando la acción del Zapote fué la que tocó los himnos á que me refiero, había varios condiscípulos míos, y platicando con ellos sobre estos sucesos, después de concluida la primera revolución, todos estuvieron de acuerdo al asegurarme que fué mucha la sorpresa del enemigo al ver que nosotros nos retirábamos del campo, cuando la referida acción, no obstante de que la victoria ya se inclinaba á nuestro favor. De ahí que no hubiéramos sido molestados en nuestra retirada, y que nuestras pérdidas consistieran de sólo dos muertos y tres ó cuatro heridos.—Entre nosotros circuló también la versión de que un grupo de nuestra caballería que se batía en el campo, había hecho una retirada falsa con el objeto de hacer salir de sus posiciones al enemigo y caer después sobre él y aniquilarlo; pero que mal entendido este movimiento por el resto de nuestras fuerzas, éstas comenzaron á retirarse siguiendo á las primeras. Y como generalmente sucede en estos casos, una vez emprendida la retirada general, ya fué imposible volver de nuevo al ataque, con lo cual el enemigo se vió luego dueño del campo, y después pudo proclamar á los cuatro vientos que nos había derrotado completamente.

entre filas y todos lo pudimos ver. También por esos días en nuestras marchas el Coronel Leonardo Pintado era llevado en camilla, por haber sido herido, pocos días antes, en Mascota. Me supongo que por entonces se reformó el Plan de la Noria, porque por esos días, como á mediados de Mayo de 1872, apareció dicho Plan reformado en Ameca.

"Otra vez nos reunimos varias fuerzas é intentamos tomar Ameca, que según supe estaba defendida por el Coronel ó Jefe Político D. Sixto Gorjón. En la Puerta Pesada fué sorprendida la avanzada del enemigo. Seguimos adelante; pasamos el río sin ninguna dificultad, y cuando ya íbamos por los suburbios de la población, repentinamente de entre nuestras fuerzas se levantó el grito de 'se roba y se mata.' Por los esfuerzos de nuestros jefes al fin se hizo el silencio. Nuestra vanguardia ya se tiroteaba con el enemigo que había tomado posiciones en la altura de la iglesia. Nuestra fuerza se componía de infantería y caballería y estaba tendida en línea desplegada frente á la población por el lado del Camposanto. Al fin no se hizo ningún ataque y se dió el toque de retirada. Al ver nuestro movimiento, el enemigo tocó 'diana' con sus clarines. Entonces algunos de los nuestros comenzaron á demostrar su descontento, y varios jefes mandaban tocar 'media vuelta.' Pe-

ro todo fué inútil: la retirada se hizo en el mejor orden y pasamos la noche en una hacienda inmediata á Ameca, siguiendo al otro día el camino por el rumbo de la Mesa de los Ramos, ó del Cobre. Se dijo que le habían matado un caballo al General, y que la orden de retirada la había ocasionado la grita aquella de 'se roba y se mata,' temiéndose con razón que algunos indisciplinados hubieran cometido excesos que habrían manchado la causa que defendíamos.

"Me referiré ahora á un acontecimiento que aunque aislado es posible que haya llegado á conocimiento de Ud. Andábamos nosotros recorriendo la línea entre Ahualulco y Etzatlán bajo las órdenes de nuestro jefe el Coronel Casiano Morales. Con nosotros andaba incorporado el 3° de Caballería cuyo jefe era el Comandante Manuel Fernández, de Guadalajara. Este jefe en un momento de exaltación quiso desconocer la autoridad del Sr. Morales, y al grito de 'arriba el tercero,' pretendió que la tropa lo siguiese. La presencia del Sr. Morales impidió aquel acto de insubordinación, y entonces Fernández hizo fuego contra Morales, sin tocarlo. Pronto fué sujetado y desarmado Fernández, y entonces nuestro jefe el referido Coronel Casiano Morales, mandó fusilar á Fernández, lo que se efectuó sin más fórmula. La orden de fusilar á Fernández la

recibió el Capitán Clemente Parra, también de Guadalajara, y él mismo fué quien dirigió la ejecución. Esto sucedió en la hacienda de San Sebastián, inmediata á Etzatlán. Parra fué uno de los que después nos abandonaron en San Diego, cuando en ese lugar se desbandaron las fuerzas que mandaba en jefe el Sr. General. Pedro A. Galván. Recuerdo bien de esta circunstancia porque yo era el segundo después de Parra, y porque habiendo simpatizado con Fernández, siendo él masón, fué el que primero comenzó á darme instrucciones acerca de la masonería. ¡Quién habría de haber pensado entonces que después de 25 años tendría que referirme á esto, y en tales circunstancias, siendo yo masón que ya conoce los 33 grados de dicha Institución! (9)

---

(9) Se dijo que este Fernández y el guerrillero Serafín estaban pagados por el Estado para que asesinaran al Coronel Labastida. No sé hasta qué punto haya sido cierto esto, y francamente no dí mucho crédito á semejante dicho. Sin embargo, me aseguraron que descubierto el complot, dicho Coronel Labastida había mandado fusilar á Serafín en Autlán; y ya vimos el fin que tuvo Fernández. Si era cierto lo que se decía, ¡cuán terrible fué el castigo qne recibieron estos hombres, cuando ni llegaron á perpetrar el asesinato que se les encomendara!—Poco antes de morir, Fernández me encargó que entregara á su familia, residente en esta ciudad, sus despachos y un papel escrito por el que se despedía de ella y le hacía saber que moría

"Como antes he dicho, el desbandamiento de las fuerzas tuvo lugar en la hacienda de San Diego, inmediata á Techaluta, y el movimiento fué encabezado por el Comandante Jesús García, quien llevando como segundo á Serapio Hernández se dirigió á Teocuitatlán y Tapalpa, siendo pronto reducidos á la impotencia. Creo que esto sucedió como á mediados del mes de Junio de 1872, porque la estación de aguas ya estaba bastante entrada y la noche en que se llevó á cabo el movimiento estaba lluviosa. También creo que este desbandamiento originó la serie de penalidades porque atravesamos después. Nosotros quedamos reducidos á un pequeño grupo de hombres mal armados, peor montados, casi desnudos y teniendo que soportar todo género de privaciones y sufrimientos; quedando reducidos á la mayor impotencia, y teniendo por esto que andar de un lugar á otro sólo á la defensiva. Ese grupo lo componíamos puros jefes y oficiales, y por eso era conocido con el nombre de la 'Legión de Honor.' Entre ese grupo andaba el Coronel Pintado ya restablecido de sus heridas.

"Si no temiera molestar á Ud. seguiría re-

---

fusilado por orden del Coronel Casiano Morales. Sabedor este jefe de que yo era portador de esos documentos me los quitó, y por eso no pude cumplir con el encargo del malogrado Fernández.

firiéndome á otros sucesos, tales como cuando en un encuentro con el enemigo, en Amacueca, éste nos tomó prisioneros al Capitán Antonio Zamora y otro oficial, los que fueron llevados á Guadalajara y encerrados en Capuchinas, en donde tuvieron que hacer la limpieza cada día hasta que la ley de amnistía expedida con motivo de la muerte del Sr. Juárez, los salvó de tan triste situación.

"En otro encuentro con el enemigo, en el punto llamado la Tierra Prieta, se nos capturó á un oficial de la fuerza del Coronel Félix Vélez. Ese oficial fué luego fusilado en Techaluta. (10) En ese encuentro fué también hecho prisionero el asistente del referido Coronel Vélez, quien perdió su equipaje que iba en la mula que montaba el capturado. El enemigo se llevó varios heridos de su propia fuerza, según lo confesó en su parte el Comandante que la mandaba, y dejó en el campo un magnífico caballo alazán que resultó con un balazo en la rodilla izquierda. Esto sucedió como á fines del mes de Junio del mismo año de 1872.

"Otra vez nos encontrábamos en San Rafael cuando se supo que había llegado á Atoyac una fuerza enemiga. Entonces el Coronel Fé-

---

(10) Creo que era Capitán, y se llamaba Modesto Castillón.

lix Vélez concibió el plan de sorprenderla, y tomando de entre todos á los que andábamos mejor montados emprendimos luego la marcha. Al atravesar la playa de Zacoalco nos pusimos en los sombreros los periódicos que acabábamos de quitar á la diligencia que iba para Zapotlán, para que de lejos afectaran la forma de 'paños de sol' y creyera el enemigo que éramos de los suyos. El ardid no dió resultado, porque cuando llegamos á Atoyac el enemigo ya había abandonado el pueblo. Seguimos al enemigo casi picándole la retaguardia, pero todo fué inútil: más que de prisa se metió á Sayula y nosotros nos volvimos sin haber logrado darle alcance. Al perseguir al enemigo iba yo al lado de D. Guadalupe Amaral, del que decían que era Mayor y al que por más señas le faltaba una pierna, que la traía de palo.

"Lo anterior se refiere sólo á los sucesos que más de cerca ví y que tuvieron lugar en el Sur de Jalisco en la época de la revolución del Plan de la Noria, en 1872, sin referirme á lo de la revolución del Plan de Tuxtepec, en 1876, porque estoy entendido de que entonces no se encontraba Ud. en Sinaloa. He citado nombres de personas y de lugares sin mencionar fechas, porque es imposible recordar éstas después de más de 25 años trascurridos desde que tuvieron lugar los sucesos á

que me refiero; pero lo expuesto bastará para comprender que efectivamente tomé parte en aquellos sucesos, porque sólo habiéndolos presenciado se puede tener una idea de ellos tan precisa para referirlos como yo lo hago.

"Debo hacer constar aquí, para concluir, que después que se desbandaron las fuerzas como antes dejo referido, el único jefe que entre nosotros quedó más fuerte lo fué el Coronel Félix Vélez, quien con una actividad y prudencia dignas de todo elogio nos llevaba y traía de pueblo en pueblo, anocheciendo en un punto para amanecer en otro, logrando así burlar al enemigo y escapar de ser aniquilados; y resultando de esto que aunque oficialmente se anunciaba que no quedaba ni un solo pronunciado en el Sur de Jalisco, repentinamente aparecíamos en cualquier punto para desmentir con nuestra presencia tales afirmaciones."

* * *

Las personas que conozcan la historia de aquella lucha ó estén al tanto de los sucesos de aquellos días, notarán luego alguna falta en el orden cronológico con que aparecen los anteriores "Apuntes;" pero esa falta que soy el primero en reconocer, es bien disculpable si se atiende á que siendo yo oficial de baja gra-

duación y no andando incorporado en el Estado Mayor del Gral. en Jefe, ni estando en el desenpeño de alguna comisión que me pusiera al tanto de lo que ocurría, me era inposible referir después tales sucesos en su riguroso orden, ni menos citar fechas, puesto que estos "Apuntes" han sido escritos más de 25 años después de que tuvieron lugar los acontecimientos á que se refieren.

Después de la acción del Zapote volvimos nosotros á recorrer la línea que se nos tenía encomendada, pero desdes luego pudimos notar que comenzábamos á declinar en todo. Es cierto que en esa acción no fuimos derrotados en el estricto sentido de la palabra, por más que así lo hayan hecho constar oficialmente los del partido contrario; pero la verdad es que moralmente sí perdimos bastante. (11) Desde entonces jamás tuvimos otra reunión de fuerzas tan respetable por su número como

(11) En el parte relativo á esta acción de armas, el jefe que mandaba las fuerzas enemigas, que lo fué el General Tolentino, confiesa que la lucha duró más de cuatro horas; que nuestras caballerías hicieron algunas retiradas falsas; que el cerro estaba fuertemente defendido. Ya queda dicho en la nota de la página 32 que los que defendíamos ese punto no éramos más que trece hombres, pero como estábamos perfectamente distribuidos en la cresta de la pequeña montaña, y sosteníamos un fuego hábilmente combinado á fin de no hacer un consumo inútil de municiones, esto hacía que en efecto esa altura estuviese fuertemente defendida. Y finalmente confiesa que no nos molestó en nuestra retirada, pero se excusa con decir que se lo impedía lo escabroso del terreno, lo avanzado del día y lo fatigado de la tropa. Más ó menos lo mismo asentaba el Sr. Victor Hurtado en una carta que del campo de las operaciones mandó al Lic. Ignacio Luis Vallarta, Gobernador de Jalisco en aquella época; y aseguraba que fueron desprendidas dos columnas de infantería para que atacaran por su frente y flanco izquierdo la altura que nosotros defendíamos. Aseguraba también que la lucha había comenzado á las diez de la mañana y concluido á las cinco de la tarde; y que las fuerzas del gobierno habían sido alentadas con las marciales notas del Himno Nacional. Bien visto, tales expresiones vertidas por nuestros mismos contrarios nos honran demasiado, y vienen á dar más crédito á lo que yo he venido refiriendo en las páginas de este librito. Véase la nota de las páginas 32 y 33.

la que poco antes tuvimos en Ameca, y también desde entonces comenzó á manifestarse entre nuestros jefes cierto disgusto.

Por esos días tomó el mando en jefe de las fuerzas pronunciadas en Jalisco el General Pedro A. Galván, (12) y á poco nos reunimos en Cocula algunas fuerzas, entre ellas las que mandaba el Gral. Lomelí por el rumbo de

(12) Cuando el General Pedro A. Galván tomó el mando en Jefe de las fuerzas pronunciadas en Jalisco, traía á su lado como ayudante (?) á un Capitán de Ingenieros llamado Joaquín Iturbe, quien estuvo en Cocula con las fuerzas de Caballería que mandaba el Co-

Atotonilco y la Barca, y las que mandaba Don Filomeno Bravo por el rumbo de Zapotlán y Colima; pero luego se notaba algun resfrío y cierta falta de unión ó de disciplina que poco á poco se fué acentuando hasta traducirse en hechos tan lamentables como el desbandamiento de nuestras fuerzas que tuvo lugar en la hacienda de San Diego. La causa

ronel Luis Labastida, y visitó Ameca y Ahualulco, de donde marchó para Talpa en donde entonces estaba nuestro cuartel general. Muy reservadamente se decía entre nosotros que dicho Capitán Iturbe no era otro que el mismo General Porfirio Diaz. No sé hasta qué punto haya sido cierto esto, porque aunque más de alguna vez pude ver á dicho Capitán, en Ameca, yo entonces no conocía al General Diaz y por lo tanto no podía identificarlo. Por otra parte, si tal versión era cierta, de ello estarían enterados sólo los jefes superiores y á los oficiales de baja graduación, como lo era yo, les era imposible que tuvieran un conocimiento exacto de los sucesos. Así es que tal versión pasó entre nosotros como otras varias, con más ó menos visos de verdad. Pero hay una circunstancia bien notable por cierto que viene á descubrir la incógnita, y es el hecho bastante significativo de que por esos días apareció el Plan de la Noria reformado en Ameca, cuyo autor era el mismo General Diaz; y cuando poco tiempo después sucedió la muerte del Sr. Juárez, el tantas veces citado General Diaz se encontraba en Tepic. Además, he tenido oportunidad de ver un nombramiento provisional ó despacho de Teniente Coronel expedido á favor de cierto conocido jefe que entonces representaba un papel muy interesante en aquellos sucesos, y tal despa-

de todo esto la ignoro, porque, repito, siendo yo oficial de baja graduación y andando lejos del cuartel general que era el centro donde se podría estar al tanto de lo que ocurriera, era imposible que todo llegara á mi conocimiento, y lo que refiero aquí es el producto de mis observaciones que fueron apoyadas en los hechos que se sucedieron. Lo que sí creo que influyó bastante en semejante malestar fué nuestra retirada de las calles de Ameca sin atacar esa población. Había mucho entusiasmo entre nuestras fuerzas para atacar al enemigo, aparte de que nosotros éramos superiores en número á la fuerza que defendía el punto; no obstante, después de tirotear al enemigo en las mismas calles de la población, y estar el grueso de nuestra fuerza tendida en línea desplegada lista para emprender el ataque general, con sorpresa vimos que se daba

cho está firmando por el General Porfirio Diaz, en Cocula, en Mayo de 1872. Por otra parte, varios periódicos de aquella época consignaron en sus columnas la noticia de que en esos días el General Diaz andaba entre nosotros, aunque de incógnito, y tal noticia la daban con ciertas reservas y algunos aun dudando de lo mismo que decían. De todos modos, en vista de estos comprobantes parece fuera de duda que el General Diaz haya estado entonces con nosotros, si bien sin darse á conocer de la mayoría de nuestros jefes ni menos de los oficiales y tropa que militábamos bajo sus banderas.

la orden de retirada. Al emprender ésta, varios de nuestros jefes, excitados sin duda por las dianas con que el enemigo celebraba nuestro movimiento retrógrado, mandaban tocar "media vuelta," seguramente con el objeto de que sus respectivos cuerpos volvieran sobre sus pasos y atacaran al enemigo; pero la disposición superior prevaleció sobre todo y la retirada la hicimos en orden, es cierto, pero más que avergonzados y sin atinar á explicarnos la causa de aquel fracaso. Las versiones que acerca de esto circulaban entre nosotros eran muy contradictorias; pero la que creo y apoyo es la relativa al temor de que algunos de los nuestros se hubieran entregado á excesos y actos reprobables, sin escuchar la voz de sus jefes ni menos velar por el lustre de la causa que defendíamos, de lo cual comenzaron á dar indicios con su grita aquella de "se roba y se mata."

El triunfo probablemente habría quedado de nuestra parte; pero alentados por esto y tal vez sin siquiera esperarlo, dadas las demostraciones que en otro sentido, aunque sólo de palabra, se habían dado ya, ¿qué habría sucedido si nuestro General en Jefe hubiera ordenado el ataque á la población? Repito que el triunfo habría sido nuestro; pero si por desgracia aquellos gritos de "se roba y se mata" se hubieran resuelto en hechos, la mancha

más negra habría caído sobre nosotros y nuestro partido tan sólo por el delito de unos cuantos. Digo esto porque reconozco la mayor honorabilidad en todos y cada uno de los jefes que mandaban nuestras fuerzas, pero posible habría sido que entre sus subordinados hubieran aparecido algunos de malos instintos que con su conducta arrojaran sobre los demás la nota más infamante. Así pués, al ordenar nuestro General en Jefe la retirada de las fuerzas que amagaban á Ameca, obró prudentemente, por más que con tal hecho se nos hubiera privado de la satisfacción de obtener un triunfo. Pero si en un sentido moralmente ganamos mucho con aquella retirada, en otro sentido moral y materialmente perdimos bastante, lo que prueba el hecho de que desde entonces fuimos cada día de mal en peor. Nuestra retirada de frente á Ameca sucedió como á principios de Junio de 1872. (13)

* * *

—Chico, nos hemos salvado.

—¿Temías acaso una derrota?

---

(13) La víspera de estar frente á Ameca se nos incorporó en Cocula el General Lomelí, mandando algunas guerrillas de caballería compuestas en su mayor parte de gente perdida y de malos instintos, que fué la

—No porque el enemigo ya estaba derrotado de antemano.

—Pero si apenas se tiroteó con el nuestra vanguardia.

—Es cierto, pero fíjate en que la avanzada del enemigo fué sorprendida, y tanto, que en su precipitada fuga iba abandonando varias de sus cosas que nosotros recogimos.

---

que comenzó á dar el grito de "se roba y se mata;" y llevaba también como cuatrocientos hombres de infantería de buena tropa, divididos en dos batallones al mando cada uno respectivamente de los Sres. Pérez y Garivay, con el carácter de coroneles. Entre esos infantes había no pocos de los que pertenecieron al 2 ° Cuerpo del Estado que mandaba Samuel López, y que poco antes había sido derrotado en Tototlán por el General Lomelí. Cuando ya se disponía el ataque á la plaza de Ameca, el General Lomelí informó al General Galván que su fuerza estaba municionada solamente á razón de una parada por plaza. Esta circunstancia y por haberse tenido noticia de que el General Tolentino había salido de Guadalajara en persecución nuestra, é iba á marchas forzadas en auxilio de Ameca, y todo unido al temor de que algunos de nuestros soldados se entregaran á excesos y actos reprobados, vino á determinar que nos retirásemos de Ameca, determinación que fué adoptada en junta de guerra celebrada en el Camposanto de aquella ciudad; siendo entonces dispersadas todas nuestras fuerzas en diferentes columnas á fin de despistar al enemigo y lograr proveernos de municiones.—En el parte que con relación á estos sucesos rindió el Sr. Sixto Gorjón, aseguraba que la población se había visto rudamente atacada por

—Sí, ya recuerdo de aquel clarín que reclamábamos para nosotros, pero que al fin quedó en poder de los "jícamas." (14)

—Bueno; fíjate también en que el punto que de preferencia debía haber defendido el enemigo, era el paso del río, y ya tú viste que pasamos éste sin ninguna dificultad, con lo cual teníamos desde luego abiertas las puertas de la población.

—Tal vez no tendrían fuerzas suficientes para defender aquel punto.

—Como quiera que haya sido, todo esto prueba que el enemigo ya estaba derrotado.

—Entonces, ¿por qué dices que nos hemos salvado al retirarnos de la población, cuando teníamos tan seguro el triunfo?

---

nosotros, pero que habíamos sido rechazados con pérdidas de consideración entre muertos y heridos. Pero la verdad es que ningún ataque formal se emprendió, y sólo nuestras avanzadas se cambiaron algunos tiros con las del enemigo; y en cuanto á muertes, no tuvimos que *lamentar* más que la de un caballo que algunos decían que era del General Galván y otros que del General Lomelí. Véanse las páginas 35 y 36.

(14) "Jícamas" se les decía á los soldados que mandaba el Coronel Félix Vélez, porque este jefe tenía el álias de 'Jícama.' Conste que esto lo pongo aquí no por falta de respeto, sino porque con ese nombre popular era conocido dicho jefe, así como el Coronel Cardona, que operaba por el rumbo de Tequila, era conocido popularmente por "El Chino."

—Porque si hubiéramos entrado á la población, habríanos quedado deshonrados.

—Pues qué, ¿no era nuestra la victoria?

—Sí, pero hay victorias que son peores que una derrota. ¿No recuerdas la gritería que se levantó de entre nuestras fuerzas cuando pasábamos el río?

—Y deveras, ¡cómo gritaban los condenados! Poco faltó para que de una bofetada le rompiera la boca á un sargento que iba á mi lado, y que sin hacer caso de nuestras órdenes gritaba como energúmeno.

—Pues he ahí la razón por lo que te digo que nos hemos salvado; porque esa gritería no fué sino una demostración de los malos instintos que abrigan algunos de nuestros soldados. Si hubiéramos tomado á Ameca como es seguro que así habría sucedido, todos los que daban el grito de "se roba y se mata," no habrían hecho otra cosa que robar y matar. La victoria que hubiéramos obtenido habría sido para ellos lo de menos, con tal que hubieran quedado satisfechos sus instintos de rapiña y su sed de sangre; y todo esto nos habría deshonrado y habría manchado la causa que defendemos.

—Dices bien; pero ¿será posible que haya entre nosotros quienes sólo aspiren á robar y matar escudados con el plan político que defendemos?

—De todo hay en la viña del Señor, pero por fortuna para nosotros pronto descubrió la oreja el lobo; y por mi parte no dejaré de alabar la prudencia de nuestro General en Jefe al ordenar esa retirada que nos ha salvado de la deshonra, por más que con ello se nos haya escapado la victoria que ya teníamos en la mano.

—Reconozco lo juicioso de tus observaciones y por eso me alegro de que no háyamos entrado á Ameca, lo cual deseábamos hacer siquiera para demostrar al enemigo que no somos de los que huyen á los primeros disparos, como descaradamente lo asegura en sus partes oficiales.

—Pues ojalá que se nos presente la ocasión de demostrarlo así para que tomemos la revancha y para rehacernos de lo perdido.

*
* *

Sin embargo de nuestro entusiasmo nuestra situación iba empeorando más cada día. Andábamos completamente escasos de recursos, mal armados, peor montados, y sin municiones. Las deserciones eran frecuentes no sólo entre la clase de tropa sino también entre la de oficiales, y las demostraciones de insubordinación se presentaban de una manera alar-

mante. (15) Citaré como una prueba de esto la intentona del Comandante Manuel Fernández, que tan cara le costó, y el desbandamiento de nuestras fuerzas encabezado por el Comandante Jesús García, todo lo cual queda ya brevemente narrado en los anteriores "Apuntes."

Sobre todo, ese desventurado acontecimiento tantas veces referido del desbandamiento de nuestras fuerzas, fué el que vino á empeorar nuestra situación ya de suyo bastante crítica; porque quedamos desde luego reducidos á la mayor impotencia, y desprestigiados ante nuestro propio partido por la falta de unión de nuestros jefes. Es cierto que todavía alentaba el entusiasmo en los pocos que quedábamos; pero ¿qué podríamos hacer en medio de

(15) Entre las deserciones de oficiales citaré la que llevó á cabo un Teniente de apellido Estrada, de Ameca. Cuando nos presentamos frente á esa ciudad, amagándola, vimos que un hombre huía salvando algunas cercas, lo que llamó nuestra atención y varios de nuestros soldados emprendieron la persecución del fugitivo. Pronto fué alcanzado, y conducido á donde nosotros estábamos con sorpresa vimos que era el mismo Estrada que poco antes se nos había desertado. Entonces el Capitán Parra, reprochándole su proceder y en presencia de varios oficiales, le dió un fuerte latigazo en el rostro. Intervinieron algunos jefes, y estos opinaron que con la afrenta que acababa de sufrir el desertor era bastante y luego lo dejaron en libertad.

semejantes circunstancias? Sin recursos, sin armas ni municiones, apenas sí dábamos señales de vida al anochecer en un pueblo para amanecer en otro, procurando esquivar todo encuentro con el enemigo; á lo que por supuesto éramos obligados por nuestro escaso número y por la carencia absoluta de armas y de municiones en que nos encontrábamos, que por lo demás demasiado valor debe concedérsenos, si se nos juzga imparcialmente, al mantener vivo el fuego de la revolución y al sostenernos en nuestros puestos bajo el peso abrumador de tales circunstancias. (16)

En tal estado todavía pudimos sostenernos por algunos días, pero poco después ya no cabía duda de que habíamos llegado al período álgido de la situación. Más que tropa parecíamos una cuadrilla de bandoleros, siempre remontados en los cerros donde nos alimentábamos con yerbas y raíces, y cuando lográbamos tener una ración de maíz ó de carne entonces era para nosotros un día de gran fiesta que celebrábamos con verdadero regocijo. Y en cuanto á haberes, básteme decir que en los

(16) Por si acaso no lo dijeren otros, me será permitido que yo mismo diga que teníamos mucho valor, por más que á cada paso temiéramos ser destruidos por el enemigo, en lo cual ciertamente ningún trabajo habrían tenido nuestros contrarios, dado el estado en que nosotros nos encontrábamos.

últimos días de aquella triste época era una fortuna que recibiésemos una miserable peseta siquiera una vez á la semana. La ropa se nos caía á pedazos; parecíamos por nuestro aspecto verdaderos mendigos, y tanto, que una vez se nos repartieron varias camisas y calzones de manta, ni más ni menos que como se hace con infelices pordioseros. Recuerdo bien que cuando se nos distribuyeron esas ropas hubo alguno que pretendía tirarlas, diciendo que mejor prefería presentarse en aquella traza, ó desnudo si era posible, porque así probaría su entereza para seguir defendiendo en aquellas circunstancias la causa que había abrazado; (17) otros, furtivamente dejaron rodar una lágrima por sus mejillas tostadas

(17) Lo fué el Capitán Antonio Zamora. Era este un buen chico de ideas liberales. Ya estaba entrado en años y pertenecía á la antigua escuela como militar. Nos decía haber seguido la carrera de las armas desde muy joven, militando siempre en el partido liberal. Nos decía también haber sido de los prisioneros hechos por los franceses en Puebla, y en ratos de buen humor nos platicaba sus sufrimientos y aventuras en Paris y otras ciudades de Francia, todo salpicado con ocurrencias y dichos picantes que nos hacían desternillar de risa. Nos lo tomaron prisionero, en Amacueca, en un estado tal de miseria que por su aspecto causaba lástima. En 1873 lo ví en Tepic, empleado como escribiente en la mayoría de uno de los cuerpos que entonces hacían la campaña contra Lozada.

por el sol, al endosarse aquellas prendas. Y en cuanto á nuestros caballos, eran éstos unos verdaderos matalotes, de los cuales en general bien podía decirse que estaban como los chalecos viejos: necesitaban espalda nueva. Tal era el estado que á última hora guardábamos los pocos que quedábamos de aquel grupo que seconoció con el nombre de la "Legión de Honor," en razón de haber estado compuesto por puros jefes y oficiales. (18)

* * *

—Chico, ¿qué deduces de todo esto?

—Que se ha cumplido exactamente todo lo que te dije cuando bajamos del cerro, poco después de habernos pronunciado en San Agustín.

(18) Para muchos parecerá exagerada la narración que aquí hago, pero apenas sí es muy débil comparada con la realidad. Por fortuna existen todavía varios jefes y oficiales que pertenecieron á las fuerzas que en aquella época defendían en el Sur de Jalisco el Plan de la Noria, y ellos pueden certificar la verdad de lo que digo. Además, creo que al mismo Sr. Presidente de la República General Porfirio Diaz le consta todo esto, porque en 1876 tuve oportunidad de ver una carta que cierto conocido jefe mandaba á dicho General Diaz, en la que le recomendaba al Comandante Julián López, el mismo á quien me refiero en la segunda parte de estos Apuntes y Recuerdos; y en esa carta el jefe que

—¿Te refieres á tus pronósticos relativos á los trabajos y miserias en que nos habríamos de encontrar?

—Precisamente, pues ya tu vez que todo se ha cumplido, y eso que todavía no llegamos al final de la jornada.

—¿Esperaremos algo más?

—No lo dudes, porque dado el estado que guardamos posible es que nos sobrevengan cosas peores.

—¿Y si cambiara nuestra situación?

—Sería un milagro, pero la época de los milagros ha concluido ya hace tiempo.

—Pues á mí mi corazón me dice que al fin nos hemos de ver triunfantes, y que todos estos trabajos y sufrimientos concluirán con ese

---

la escribía recordaba al General Diaz algunas de las vicisitudes de la campaña, y entre otras cosas le decía textualmente lo que sigue: "Por señas de que me dió Ud. una camisa al separarnos al pie del Ceboruco." Y bien se comprende que cuando el mismo jefe superior daba al subordinado algo de sus ropas de uso, esto no ha de haber sido porque el primero encontrara al segundo muy flamante que digamos en materia de vestidos, recursos pecuniarios, etc.—Como ya queda dicho que ese grupo ó pequeña corporación que se llamó "Legión de Honor" la componíamos puros jefes y oficiales, bien se deja comprender que todos y cada uno teníamos que hacer el servicio de tropa; y era de vernos, verdaderos desarrapados, con el fusil al hombro haciendo nuestros cuartos de centinela, ó faginas, etc.

triunfo, y nos serán justamente recompensados.

—A mí también me dice el mío que triunfará nuestro partido; pero presumo que nosotros nada tendremos del triunfo de nuestra causa, si no es la satisfacción de haberla servido.

—¿Quiere decir esto que nosotros ninguna recompensa tendremos por tantos sufrimientos y miserias?

—Lo que esto quiere decir es, que no debemos abrigar ninguna esperanza con respecto á eso.

—¿Por qué?

—Porque muchos son las llamados y pocos los escogidos.

—No comprendo.

—Pues nada más fácil de comprender; porque ya se ha visto que triunfante una causa ó una revolución, los que más la combatieron son los que al fin quedan mejor, reconociéndoseles sus grados ó empleos y aun dándoseles otros mejores.

—¿Cómo es eso?

—Del modo más sencillo. Cuando los contrarios ven la cosa perdida para ellos, luego se pasan al partido que está para triunfar, resultando de la noche á la mañana como sus partidarios más acérrimos, y aun atribuyéndose el triunfo, porque algunos suelen decir

que si no hubiera sido por ellos la causa no habría triunfado. (19)

—¿Y los que desde un principio abrazaron ese partido, exponiéndose á toda clase de sufrimientos y aun á la muerte?

—Esos en su mayoría quedan como olvidados ó condenados á una rigurosa espectativa, esperando un empleo que raras veces se les confiere.

—¡Hombre!

—Ya lo verás, si logramos salir con vida de nuestra presente situación

* * *

Al fin, por una de tantas alternativas de aquellos días, nos encontramos solos el Te-

(19) Por más que esto me sea feo y aun doloroso decirlo, sin embargo ya es un hecho recogido por la historia y que nadie podrá poner en duda, la circunstancia bien sabida de que en los últimos días de la revolución encabezada por el General Diaz hubo cuerpos y brigadas que, por ejemplo, hoy pasarán revista bajo las banderas del Sr. Lerdo y al siguiente día se declararan "Porfiristas," al saberse que el General Alatorre había sido derrotado en Tecoac por el General Diaz; y aun hubo divisiones enteras que en un mes reconocieran á tres gobiernos diferentes: el de Lerdo, el de Iglesias y el de Diaz.—Véase *El Pabellón Mexicano*. Guadalajara, año de 1877.

niente Lorenzo González (20) y el que esto escribe, bajo las órdenes del Comandante Ignacio Delgado. Este jefe era del pueblo de San Juanico, inmediato á Amacueca, en donde tenía algunas propiedades, y en una de ellas permanecimos ocultos algunos días, después de haber andado otros pocos á salto de mata por cerros y barrancos.

Nuestro nuevo jefe se había ido no sabíamos para dónde, y nosotros quedamos, como antes he dicho, ocultos en una de sus propiedades. Tal situación nos era en extremo bochornosa, porque estando ocultos en cuevas y barrancos hacíamos bonitamente el papel de salteadores de caminos, y tomándonos como tales cualquiera tenía derecho de matarnos como á perros. (21) Por otra parte, pa-

(20) Por algunos documentos que me ha enseñado este compañero y buen amigo, vengo en conocimiento de que fué ascendido á Capitán, sin embargo de que cuando pasamos juntos algunos días al final de la campaña, se le conociera como Teniente. Actualmente ya es casi un anciano decrépito, y permanece como yo completamente aislado y en la miseria, sin otra recompensa por sus servicios que la satisfacción de haberlos prestado á una causa que todavía creemos justa. Perteneció primero al cuerpo de caballería que mandaba el Coronel Macario Pérez, y después á la corporación ó grupo que se conoció por la "Legión de Honor."

(21) Ya otra vez, cuando comenzó la campaña, los que nos pronunciamos en San Agustín tuvimos que ver-

saban los días y el jefe no volvía, y por lo tanto ignorábamos por completo lo que habría sucedido al resto de nuestras fuerzas; así es que resolvimos arriesgar el todo por el todo, y después de escribir con lápiz en un pedazo de papel una pequeña disculpa dedicada al jefe, cuyo escrito dejamos en la entrada de la cueva donde estabámos ocultos, (22) emprendimos la marcha á la ventura, con el objeto de presentarnos con el primer jefe de fuerzas pronunciadas que encontrásemos en nuestro camino. Naturalmente que esta mar-

---

nos ocultos entre montes y barrancos, pero ciertamente que entonces por nuestra traza no parecíamos salteadores de caminos. Sin embargo, por lo que se refiere á mí, creo que en este caso bien puede decirse aquello de "tal principio tal fin." ¡Cuán exactamente se cumplieron los pronósticos de mi compañero, cuando sentenciosamente me decía: "Esto no es sino el principio de lo que por nosotros va á pasar!" Y por lo visto, lo que al final pasó por nosotros fué todavía peor que lo del principio.

(22) El día lo pasábamos en una cueva que había en una pequeña elevación inmediata al pueblo, y en la noche bajábamos á dormir entre los matorrales de la huerta propiedad del jefe. Hasta entonces se nos daba por alimento una pequeña ración de frijoles cocidos sin manteca, y unas cuantas tortillas. No supimos si esta miserable pitanza que recibíamos cada veinte y cuatro horas, se nos suministraría por orden del jefe ó si sería un obsequio que nos hacían los buenos labriegos que cuidaban la huerta.

cha encerraba para nosotros no pocos contratiempos y dificultades, puesto que la hacíamos sin siquiera saber de antemano á dónde podríamos dirigirnos, por ignorar el rumbo que habrían tomado los nuestros, por una parte, y por otra, era muy fácil que en nuestro camino fuésemos encontrados por alguna fuerza enemiga, con lo cual queda dicho cuál habría sido entonces nuestra suerte; y lo que es más, íbamos sin un centavo en la bolsa. Al fin después de dos días de trabajos, fatigas y miserias, caminando más de noche que de día, logramos incorporarnos á la fuerza que mandaba el Coronel Félix Vélez, y á poco nos encontramos con otras en Cocula.

Pero luego pudimos notar que todas esas fuerzas estaban hasta por demás reducidas en su número. El famoso cuerpo aquel de los "jícamas" que poco tiempo antes se pudo ver en alta fuerza, apenas sí contaba á última hora con unos cuantos individuos de tropa; y lo mismo podía decirse de las otras fuerzas allí reunidas. Todos los jefes, oficiales y tropa, cual más cual menos, nos encontrábamos con el semblante demacrado por las privaciones y los sufrimientos, y en un lastimoso estado en cuanto á nuestra indumentaria. Allí fueron disueltas las fuerzas pronunciadas, después de haber depuesto sus armas, porque habiendo muerto hacía poco el Sr. Juárez esta

circunstancia naturalmente venía á poner fin á la contienda, ó á lo menos á establecer una una especie de próroga para tratar de otro modo que por las armas la cuestión pendiente, viéndonos por esto obligados los "Porfiristas" á plegar nuestras banderas, siquiera fuera temporalmente. (23)

Después de recibir de nuestro General en Jefe los certificados de nuestros servicios, mi compañero Lorenzo González y yo nos dirigimos á Guadalajara en donde nos retiramos á la vida privada, tranquilos y satisfechos, observando de lejos los nuevos acontecimientos y listos para cuando nuestro jefe y caudillo, cuya simpatía seguía imperando en nosotros, nos llamase nuevamente para empuñar las

(23) El desarme de las fuerzas pronunciadas tuvo lugar, como ya queda dicho, en Cocula, á mediados de Agosto de 1872, y el comisionado para hacer la entrega de las armas lo fué el Coronel Prisciliano M. Benítez, previa la orden superior de nuestro General en jefe, encontrándose presentes en aquel acto solenme con relación á nuestro partido, el General Pedro A. Galván, Coronel Félix Vélez, Joaquín Morelos y otros jefes. Entiendo que fueron muy pocas las armas que se entregaron á los comisionados del gobierno, porque los jefes antes citados, muy particularmente el Coronel Benítez, obrando prudentemente ó por lo que pudiera suceder, ocultó la mayor parte de ellas, las que probablemente sirvieron en la segunda época de la revolución, ó sea cuando lo del Plan de Tuxtepec.

armas en defensa de la causa que habíamos abrazado.

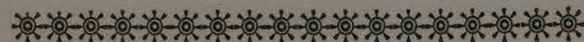
* * *

Cerraré esta primera parte de mis Apuntes y Recuerdos poniendo á continuación el certificado que de mis servicios en aquella época me extendió el General Galván, y esto lo hago para mi propia justificación. Dice dicho documento:

"Ejército Popular Constitucionalista.—División de Jalisco.—General en Jefe.

"*PEDRO A. GALVAN, General en Jefe de la expresada, certifico: Que el C. Teniente de Caballería José M. R. Landa prestó sus servicios en las fuerzas de mi mando desde el día 3 de Mayo del presente año hasta el 24 de Julio del mismo, y en toda esa época tanto su conducta civil como militar fué satisfactoria.*

"*Y á pedimento del interesado le extiendo el presente en Cocula, á 12 de Agosto de 1872.*—P. A. GALVAN."



APUNTES Y RECUERDOS.

SEGUNDA PARTE.

Es el año de 1876 y nos encontramos en Mazatlán.

La reelección del Lic. Sebastián Lerdo de Tejada como Presidente de la República, reanimó la revolución que se había suspendido con motivo de la muerte del Sr. Juárez. Habíase publicado ya el Plan de Tuxtepec, y nuestro antiguo jefe y caudillo, General Porfirio Diaz, era de nuevo el prohombre de la revolución. De nuevo los pronunciamientos y levantamientos secundando dicho Plan se sucedían casi sin interrupción, y la nueva revolución comenzaba á presentarse pujante en varios Estados de la República. En Sinaloa pronto tuvo eco, y los buenos sinaloenses discutían libremente sobre los nuevos acontecimientos, uniformándose así poco

á poco la opinión general á favor de nuestro caudillo.

Mas de tal manera se precipitaron los sucesos, que sin esperar una oportunidad mejor algunos impacientes se aventuraron á dar el grito de rebelión sin contar con elementos de ninguna especie. Tal sucedió con Francisco Lasprón y Samuel Artechi, los que al levantarse en armas fueron objeto de una activa persecución por la cual pronto fueron dispersadas las pocas fuerzas que habían logrado reunir, y ellos mismos pagaron con su vida el bélico entusiasmo que los animara. (1)

Y el que esto escribe, no queriendo hacer

(1) Tuve oportunidad de hablar con Lasprón y Artechi poco antes de que se lanzaran á la lucha, y trate, aunque inútilmente, de convencerlos que no llevasen á cabo sus proyectos. Al primero no se le reconocía ningún carácter como militar. En tiempo de la administración del Lic. Eustaquio Buelna, Lasprón había sido empleado como celador de la Aduana; pero con el cambio de gobernador perdió su empleo, y entonces ya no pensó en otra cosa que en pronunciarse para vengarse, según decía, de la afrenta que había recibido. En cuanto á Artechi, creo que tampoco era militar, á lo menos yo no le conocí grado alguno. No sé qué motivos haya tenido para lanzarse á la revolución; pero frecuentemente se le encontraba en la Plaza de Machado y otros sitios públicos, hablando sin reserva de que habría de encabezar un levantamiento á mano armada para derrocar al gobierno. Ambos se levantaron en armas aprovechando la efervescencia revolucionaria que por todas partes se sentía, pero muy pocos les siguieron y luego fueron derrotados y fusilados.

traición á sus convicciones y sintiendo vivas aún sus simpatías por el General Diaz, una vez relacionado con varias personas que en Mazatlán eran conocidas como oposicionistas y amigas de la revolución, entre las que se encontraba el Coronel Pedro Betancourt, no vaciló en acompañarlo cuando éste se lanzó á la lucha, con más entusiasmo que elementos con que poder combatir al enemigo. (2)

Pero poco tendré que referir en esta segunda parte de mis Apuntes y Recuerdos, porque

(2) El Coronel Betancourt era ya bastante conocido, habiendo militado en el ejército oposicionista durante el primer período de la revolución. Murió como un valiente en defensa de la causa que había abrazado, y no poco trabajo costó á los dragones del 8 ° sacar de entre las patas de nuestros caballos aquel cuerpo acribillado á balazos. Sus funerales en Mazatlán fueron de los más concurridos que se habían visto en ese puerto. "El Occidental," periódico de oposición que por entonces dirigía en Mazatlán el Lic. Carlos F. Galán, habló mucho y muy bien acerca de todo esto, y sinceramente lamentaba la muerte de tan querido jefe. La verdad es que la superioridad del enemigo en número y armamento, contribuyó en mucho á que entonces fuésemos derrotados y pereciera nuestro jefe, quedando con ese desastre nulificados los impulsos que comenzaba á tomar nuestro levantamiento, que aunque lo juzgábamos temerario no vacilamos en llevarlo á cabo,

por una verdadera fatalidad para mí, apenas comenzada la lucha, yo quedé inutilizado en el campo de batalla, (3) no pudiendo por esta circunstancia seguir luchando hasta el fin de la contienda como lo deseara, ni poder tampoco presenciar algunos de los siguientes sucesos de aquella lucha para poderlos referir después con toda seguridad. Así pues, pondré aquí como complemento la parte relativa de unas cartas que dirigí á los Sres. General Francisco O. Arce y Coronel Andrés L. Tapia, las cuales contienen un resumen del principio de aquella lucha hasta mi inutilización en su servicio. Dice la primera:—

"Recordará Ud. que por ese tiempo, 1875

fiados unos en la pericia y valor de nuestro jefe, y todos, apoyados en la justicia de la causa que defendíamos. Otros nos siguieron con mejor suerte y pudieron celebrar el triunfo de esa causa por la cual el Coronel Betancourt perdió su vida en el campo de batalla, y el que esto escribe no puede decir si fué menos ó más afortunado al quedar inutilizado en defensa de la misma causa.

(3) La inutilización á que me refiero consiste en la pérdida de ambos oídos ocasionada por los golpes que recibí en la nuca, los que me produjeron una fuerte conmoción cerebral y la ruptura de la membrana del tímpano. Cuando en la efervescencia del combate luchábamos cuerpo á cuerpo, á fin de rescatar el cadáver de nuestro Coronel que ya se llevaban los contrarios, y mientras estaba yo empeñado con un oficial del enemigo, llegó entonces un dragón quien agrediéndome por detrás con su carabina descargó furiosos golpes sobre mí. En el mismo momento mi caballo cogió el freno, y por esto y por estar aturdido por los golpes que acababa de recicir ya no supe nada de lo que sucedió después. Cuando recobré el conocimiento me encontré tirado en el fondo de una barranquilla que estaba materialmente cubierta con una espesa vegetación. Según la hora en que volví en mí creo que permanecí sin conocimiento cuando menos dos horas. Mi caballo probablemente siguió en su vertiginosa carrera, quien sabe para donde, porque cuando lo busqué ni rastros encontré de él. Al tratar de darme cuenta de mi situación comencé á experimentar un fenómeno verdaderamente extraño. Me parecía encontrarme en lo más recio del combate, pero como si este se hubiera multiplicado notablemente. Percibía claramente los gritos é imprecaciones de los soldados, pero como si fueran producidos á la vez por centenares de hombres; y los disparos de fusil me parecían como verdaderos cañonazos. Por supuesto que ahora es cuando puedo hacer esta distinción, por que en aquel momento ni sabía ni entendia nada. Me parecía aquello el despertar de una horrible pesadilla ó el efecto de una alucinación. Atormentado por la sed comencé á vagar de un lado á otro en busca del precioso líquido, y no encontrándolo poco á poco me fuí

á 1876, fué electo Gobernador del Estado el Lic. Jesus María Gaxiola y Prefecto Político de Mazatlán el C. Manuel Uribe, y que en esos días comenzó á agitarse la revolución levantándose en armas sucesivamente Francisco Lasprón y Samuel Artechi, los que pronto fueron aniquilados. Les siguió el Coronel

Pedro Betancourt, que fué derrotado y muerto por las fuerzas del Coronel Cristerna. Pues bien, al lado Sr. Betancourt me encontraba yo y en la misma acción de armas en que murió dicho jefe quedé yo inutilizado, perdiendo ambos oídos á consecuencia de los golpes recibidos en el combate. Volví á Mazatlán

alejando de aquel lugar, pero ¡cosa extraña! los gritos de los combatientes y las detonaciones de sus armas seguía escuchándolas entre un confuso ruido como de una gran máquina puesta en movimiento, aunque bien comprendía que entonces no había combate, ni hombres que gritaran, ni maquinaria alguna que con su girar acompasado turbara el silencio de lo que me rodeaba. Comencé á hablar en alta voz y me parecía haber perdido el uso de la palabra, porque por más fuerte que gritara era imposible que oyera mis propias voces. Seguí andando más por instinto que guíado por el conocimiento de lo que hacía, hasta que como una hora después de comenzada esta marcha inconsciente llegué á un ranchito en una de cuyas casas se me recibió con verdadera compasión y se me hizo comprender el estado que guardaba. A señas se me indicó que yo no oía, pero yo sostenía enérgicamente lo contrario por más que en efecto no oyese nada de lo que se me decía. Al fin, haciendo un esfuerzo intelectual pude darme cuenta exacta de mi situación. Instintivamente me palpé ambos oídos, y entonces mis dedos se humedecieron en un líquido sanguinolento. Era, pues, evidente que había sido lesionado en el oido interno, y esto me trajo á la memoria los golpes que poco antes había recibido en el cerebro. Así pues, había perdido la facultad de oir, desde entonces para siempre quedaba sordo.

en donde por el lado de Puerto Viejo, en compañía del Comandante Julián López y otros varios oficiales, permanecí oculto en una casa del Sr. Teófilo Noris, hasta que Ud. libró sus órdenes para que fuésemos aprehendidos; pero pudimos sustraernos á la acción de las fuerzas del gobierno y salimos del puerto aunque con muchas dificultades. Por aquellos días conocí en Mazatlán á los Sres. Joaquín Redo, Adrián y Emiliano Busto, Mateo Magaña, Pablo Iriarte, Bernardo Vázquez, Lics. Carlos F. Galán, Ladislao Gaona, Francisco Gómez Flores, y otras muchas personas que sería prolijo enumerar y las cuales fueron amigas ó conocidas de Ud." (4)

La segunda dice así:—

"Por entonces fué electo Gobernador del Estado el Lic. Jesús María Gaxiola, y Prefecto Político de Mazatlán el C. Manuel Uribe. Era en esos días jefe de las armas, el General Francisco O. Arce. Jefe del 17 de infantería, Coronel Julián Jaramillo. Jefe del 8 ° de caba-

(4) Se dan aquí todos esos nombres de personas conocidas, como una prueba de que el que esto escribe se encontraba entonces en el campo donde sucedieron lo acontecimientos que se refieren. Algunas de ellas viven todavía. En la actualidad se encuentran en la ciudad de México los Sres. General Arce y Senador Joaquín Redo, y entiendo que también el Sr. Jaramillo ya ascendido á Brigadier.

llería, Coronel Modesto Cristerna. (5) Jefe de Hacienda y Administrador de la Aduana Marítima respectivamente, los hermanos Emiliano y Adrián Busto. Administrador de la Aduana Terrestre, Bernardo Vázquez. Levantáronse en armas sucesivamente Francisco Lasprón y Samuel Artechi, los que pronto fueron aniquilados. Les siguió el Coronel Pedro Betancourt, que fué derrotado y muerto por las fuerzas del Coronel Cristerna, y en esa misma acción de armas quedé yo inutilizado. Después de la derrota volví á Mazatlán y á poco hice camino para Tepic, en donde permanecí algunos días sin tomar parte en la contienda por impedírmelo la pérdida de mis oidos. (6) Por entonces se pronunció Ud. y por eso no tuvo ocasión de verme entre las fuerzas pronunciadas, pero esto no quita que yo me haya encontrado entre ellas.—Al salirse de Mazatlán el Sr. Betancourt yo me fuí con él, acompañándonos también el Capitán de artillería Cayetano Diaz, otro oficial de oficio sastre llamado Luis Fajardo y un paisano

(5) Estaba también en Mazatlán el 22 de infantería, pero absolutamente no recuerdo el nombre del jefe que le mandaba y por eso no lo menciono aquí.

(6) En esos días Tepic se encontraba revuelto, estando al frente de las fuerzas sublevadas el General José M. Alfaro, siendo su segundo el Coronel Vizcayno, quíen ejercía el mando político y militar en Santiago

nuestro, Anastasio Cañedo, que por entonces se encontraba en Mazatlán. Este Cañedo fué herido en la misma acción de armas en que yo quedé inutilizado, y entiendo que fué llevado á Culiacán en calidad de preso.'' (7)

Ixcuintla. A poco los sublevados evacuaron la plaza de Tepic, á donde entró luego el General Carbó al frente de las fuerzas del gobierno. Yo vivía entonces en compañía del Comandante Dionisio Quiñones, que ahora es Coronel retirado y vive en México. Juntos hicimos el camino de Mazatlán á Tepic, y después de Tepic á Guadalajara, en donde actualmente me encuentro, siendo por mi inutilización, como en otras partes, objeto de burlas y desprecios de parte de la gente sin consideración.

(7) Era este Cañedo un buen chico muy simpático y de fino trato. Pertenecía á la familia de los Cañedos tan conocidos en esta cuidad por la elevada posición social que ocupan. Por aquellos días Tacho, como cariñosamente lo llamábamos, andaba en Mazatlán aventurando y dedicándose á toda clase de trabajos fuertes que cuadraban bien con su constitución robusta, porque aunque de buen origen no estaba acostumbrado á la vida que generalmente llevan los jóvenes descendientes de familias ricas. Poco antes de que yo perdiera el conocimiento lo ví al lado del Coronel Betancourt moviendo su caballo con verdadera destreza y batiéndose con mucho valor y denuedo, pero sus ropas ya estaban manchadas con la sangre que vertían sus heridas. Después supe que fué hecho prisionero y llevado á Culiacán, y hasta la fecha no he vuelto á saber nada de él.

APRECIACION GENERAL.

Para concluir estos mal formados Apuntes y Recuerdos, diré que de todos aquellos jóvenes entusiastas que en 1872 nos lanzamos á la lucha sin medir los peligros ni pensar en las consecuencias, yo fuí el último en volver á Guadalajara cuando ya todo había terminado. Los demás, poco á poco fueron abandonando las filas para regresar á sus hogares, completamente escarmentados y con ánimo seguramente de no volver á mezclarse más en tales asuntos. Como prueba de esto diré que con excepción de este humilde servidor de ustedes, ninguno de los otros compañeros tomó parte en la segunda revolución. Me da pena decir esto; pero, sin que sea vanidad de mi parte, debo hacerlo constar aquí para mi propia justificación.

Al triunfar la revolución en 1876, Escobar extinguía por homicidio una condena en la Penitenciaría de esta ciudad. Peña, estaba dedicado á un comercio de pasturas y semillas. García de León, regenteaba un pequeño taller de carpintería, y en ese mismo año murió asesinado por uno de sus mismos oficiales. Pancho Garibi, se dió á la intemperancia y á poco murió de congestión alcohólica. A Jesús Salcedo lo ví en 1875 en Mazatlán, de donde

partió para Culiacán, y hasta la fecha no lo he vuelto á ver, pero en sus expresiones revelaba no volver á tomar parte en ninguna contienda armada. A Carlos Tapia lo ví en Tepic como simple particular. Y así sucesivamente, de todos los que nos pronunciamos en San Agustín, excepción hecha de la autoridad política del lugar que fué nuestro primer jefe y á quien no volví á ver jamás desde que nos apartamos de él poco después de la acción de Las Animas, sólo yo quedé en mi puesto defendiendo con las armas en la mano la causa que había abrazado, hasta quedar inutilizado en los campos de batalla, según consta en documentos que obran en mi poder.

Triunfó la revolución; y como cumplimiento de los pronósticos del compañero que sostenía conmigo las pláticas que he intercalado en este escrito, yo no he tenido otra recompensa por mis servicios é iuntilización, que la satisfacción de haber servido á esa revolución, que triunfante hasta la fecha ha encarrilado á la nación por una senda de verdadero progreso y adelanto moral y material. Varias veces me he dirigido á la Secretaría de Guerra solicitando que me sean extendidas las patentes de Teniente y Capitán, con cuyos empleos serví á las revoluciones del Plan de la Noria y de Tuxtepec, y que se me conceda retiro por haber sido inutilizado en ese servi-

cio; pero ya por una causa, ya por otra, hasta la fecha nada he podido conseguir. También varias veces me he dirigido al Sr. General Porfirio Diaz, dándole explicaciones detalladas sobre el asunto y pidiéndole encarecidamente que, penetrado de la justicia que me asiste, y en virtud de las facultades de que se halla investido como Presidente de la República, me conceda por gracia lo que me niega la Secretaría de Guerra, tan sólo por la falta de algún requisito en los documentos que he acompañado á mis instancias respectivas; pero hasta la fecha tampoco nada he conseguido.

Sobre treinta años han pasado ya desde la primera época de la revolución, en la cual abandonando los estudios y con ellos mi porvenir, tomé parte, para seguir luchando después en la segunda época, hasta quedar inutilizado, como ya queda dicho, y verdaderamente me admiro al pensar como he podido pasar todo ese tiempo, estando abatido por el infortunio, agobiado por la miseria é imposibilitado para la lucha por la vida. Ya estoy entrado en años, y esto unido á la pérdida de mis oidos ocasionada por los golpes recibidos en la contienda, me tiene imposibilitado para todo, y me hace esperar que todavía me sean más amargos los pocos días que me queden de existencia. . . . .

ANEXO.

Entiendo que el Plan de la Noria fué expedido por el General Porfirio Diaz con fecha 8 de Noviembre de 1871, y que la revolución en defensa de ese Plan comenzó en Jalisco con el pronunciamiento del General Francisco Labastida, llevado á cabo en Ahualulco de Mercado en Diciembre del mismo año, y terminando esa revolución, como es bien sabido con la muerte del Sr. Juárez acaecida el 18 de Julio de 1872.

Entre las fuerzas que en Jalisco defendían el Plan de la Noria, citaré las siguientes: Por el Sur y Occidente andaban los cuerpos de caballería mandados por los coroneles Macario Pérez, Urbano García, Leonardo Pintado, Casiano Morales, y Félix Vélez; el cuerpo 'Guías de Jalisco' mandado por el Comandante Jesús García; el cuerpo 'Pueblos Unidos' al mando de su jefe Ortega; las infanterías de Talpa mandadas por el Comandante Padilla; (1) las infanterías de Cedano; y las guerrillas de Serafín, Cardona, Pedro Flores y Pedro Rodríguez. Más al Sur, por el rumbo de Zapotlán y

(1) Creo que era de nombre Santiago. En la nota de la página 29 ya queda dicho quien era el jefe de ese cuerpo.

Colima, andaban las fuerzas que mandaban D. Filomeno Bravo y Julio García, y por el Oriente las que mandaba el General Sabás Lomelí. Era el jefe de las fuerzas pronunciadas en Jalisco, primero, el General Francisco Labastida, y después tomó el mando de ellas el General Pedro A. Galván, hasta el mes de Julio del referido año de 1872 en que entregó dicho mando, al terminar la revolución como ya queda dicho, con motivo de la muerte del Sr. Juárez.

En cuanto á Sinaloa, con referencia á las revoluciones del Plan de la Noria y de Tuxtepec, conocidas también por del Sufragio, diré brevemente que: "en 1872 se pronunciaron en Mazatlán el Coronel Andrés L. Tapia y el comerciante Mateo Magaña, ambos de Guadalajara. Tapia quedó nombrado jefe militar de Mazatlán y distritos del Sur. Se levantó después el General D. Manuel Márquez de León. Derrotados en el interior los defensores del Sufragio, el General Sóstenes Rocha marchó sobre Mazatlán. Entre tanto, el General Márquez de León, con Cañedo, Doroteo López y otros jefes, sitiaban á Culiacán. Márquez levantó el sitio y marchó rumbo á Chihuahua, y Tapia se dirigió á Tepic, en donde se incorporó con el General Porfirio Diaz. Allí estaban también los dos Labastida—el General D. Francisco y su hijo el Coronel D. Luis. También se encontraban allí los Sres. Coronel Francisco Z. Mena (2) y Lic. Ireneo Paz. Salieron para Sinaloa, acompañandolos el Coronel Tapia, habiendo estado en el Rosario, Cacalotán y después en Concordia; y como por el 1 ° de Agosto de 1872 el referido General Diaz acompañado del Coronel Mena, del Dr. Rufino Gaxiola y de un guía que le facilitó el Coronel Tapia, siguió su marcha rumbo á Elota, yéndose Tapia en busca del General Guerra rumbo á Chihuahua y de allí á México." Por entonces ya se tenía noticia de la muerte del Sr. Juárez, concluyendo con esto el primer período de la revolución.

Con respecto á la segunda época de esa misma revolución, diré que: después de la derrota y muerte del Coronel Pedro Betancourt, en la Noria, á principios del año de 1876, "se pronunciaron en Culiacán el General Cañedo y el Coronel Andrés L. Tapia. El Coronel Cristerna fué mandado en persecución de los

(2) Este distinguido y apreciable caballero es el mismo que ya ascendido á General actualmente se encuentra al frente del Ministerio de Comunicaciones y Obras Públicas, cuya Secretaría ha sabido desempeñar con aplauso general, y siendo por lo tanto uno de los dignos é ilustrados colaboradores del Sr. Presidente de la República, General Porfirio Diaz, en su grande y meritoria obra de regeneración, paz, crédito público y progreso moral y material de que disfruta el país.

pronunciados, que unidos á otros jefes dividieron sus fuerzas. Donato Guerra y Cañedo marcharon al norte, y en Tamiapa fueron sorprendidos por el General Bernardo Reyes, (3) cayendo prisionero en esa acción el Coronel Felipe Rubalcaba. (4) Guerra partió para Chihuahua, en donde lo mataron, y Tapia marchó para el sur de Sinaloa, teniendo un encuentro con Ibarra, en la Caña." (5)

---

(3) Actualmente el ilustrado cuanto progresista General de División Bernardo Reyes es en México el Secretario de Guerra y Marina, después de haber desempeñado con acierto por varios años el puesto de Gobernador del Estado de Nuevo León. Con respecto á esto, varios periódicos han referido que en una visita que el Sr. Presidente de la República hizo á Monterrey, la capital de aquel Estado, elogió mucho la administración del General Reyes, y que dijo en ocasión solemne. 'Así es como se gobierna.'

(4) Este apreciable caballero es el mismo Felipe Rubalcaba que actualmente desempeña en Guadalajara el honorífico cargo de Diputado al Congreso del Estado, habiendo antes desempeñado varias veces el no menos honroso puesto de Jefe Político del primer canton de Jalisco. Algunos periódicos de oposición locales lo han censurado acremente en el desempeño de sus funciones, pero yo creo que lo han hecho bajo el imperio de las circunstancias del momento. Cuando las pasiones políticas entren en reposo y haya pasado la efervescencia de los acontecimientos, la historia imparcial se encargará de colocarlo en el lugar que le corresponde como empleado público y servidor del Estado.—Militó durante la llamada "guerra de tres años" al la-

La lucha siguió por todas partes con diversas alternativas, hasta que la victoria obtenida por el General Porfirio Diaz, en las lomas de Tecoac, en Noviembre de 1876, derrotando completamente á las fuerzas del gobierno mandadas por el General Alatorre, vino á dar el triunfo decisivo á la revolución del Plan de Tuxtepec reformado en Palo Blanco.

---

do del General Ogazón, distinguiéndose por su conducta que fué satisfactoria, tanto civil como militar. Figuró también el referido Coronel Rubalcaba en el 6° Congreso General en México, habiendo merecido en la revolución de Tuxtepec la confianza de los Sres. Generales Pedro A. Galván y Donato Guerra, á quienes acompañó en dicha revolución.

(5) Los datos del penúltimo y antepenúltimo parrafos que están puestos entre comillas, me los ha proporcionado el mismo Coronel Tapia, quien tomó una parte activa en la revolución y figuró notablemente en los hechos que se refieren. Era dicho jefe Diputado al Congreso del Estado de Sinaloa cuando salieron de Mazatlán para pronunciarse á inmediaciones de Culiacán, primero, Francisco Lasprón y Samuel Artechi, y después el Coronel Pedro Betancourt. Pronuncióse por el Plan de Tuxtepec como ya queda referido, y en la actualidad ocupa en la ilustrada sociedad de Guadalajara un lugar distinguido como militar y como ingeniero, siendo muy apreciable por su caballerosidad, circunspección y fino trato.

CONCLUSION.

Como la primera, quisiera cerrar esta segunda parte de mis Apuntes y Recuerdos con la copia de algún documento que me acreditara; pero los principales que tenía referentes á la segunda época de la revolución se extraviaron en el Ministerio de Guerra cuando, en Noviembre de 1888, solicité por primera vez el reconocimiento de mis empleos y servicios. Tengo otros documentos ó certificados de los Coroneles Prisciliano M. Benítez, (*) Félix Vélez y otros jefes, en los que se expresan

claramente las acciones de armas en que tuve la satisfacción de encontrarme; pero creo que es mejor no darlos á luz para evitar que se me tache de vanidoso ó cosa semejante. Así pues, sólo me permitiré poner á continuación, para concluir, las opiniones que he extractado de las cartas que me han dirigido varios respetables jefes y algunas otras personas que han revisado los originales de esta obrita. Dicen lo siguiente:—

"Con gusto he leído los Apuntes y Recuerdos que con su grata de 18 del mes actual

---

(*) Este muy apreciable y fino señor es el mismo jefe cuyo nombre ha aparecido repetidas veces en la primera parte de estos Apuntes y Recuerdos. Fué él quien como Mayor General de la División recibió y despachó á los comisionados que fueron á Mascota cuando nos pronunciamos en San Agustín; y si refiriera yo aquí aunque fuera una parte de sus servicios como militar, resultaría una verdadera biografía, lo que sería impropio de unos Apuntes como los presentes, aparte de que al hacerlo sería herir la conocida modestia de dicho señor. Pero queriendo por mi parte rendir un pequeño tributo á la justicia haré mención de la gestión administrativa del Sr. Benítez como Jefe Político del partido del centro en Oaxaca. Ahí está la construcción de la Cárcel de dicha ciudad, lo cual sería bastante para dar á conocer al hombre de iniciativa, energía y espíritu de progreso. Están también otras mejoras iniciadas y llevadas á cabo por él, tales como la escuela de la misma Cárcel, la banda de música del propio establecimiento, las calzadas "Porfirio Diaz" y "Morelos," el monumento á Hidalgo, el paseo "Netzahualcoyolt," y otras varias obras. Como hombre de ideas avanzadas están ahí sus disposiciones encaminadas á moralizar al pueblo, todo lo cual lo ha dado á conocer como verdadero liberal, progresista, activo y dotado de facultades poco comunes para haber hecho su carrera elevándose desde la clase de soldado raso en la cual militaba en el Primer Batallón Ligero de Jalisco al mando del Coronel Isaac Arreola, por los años de 1858 á 1860, y obteniendo todos sus ascensos por rigurosa escala. Por sus méritos y servicios, Colima lo ha declarado hijo del Estado por decreto de 2 de Octubre de 1888, y ha llegado á ser jefe del Estado Mayor del General Porfirio Diaz. Actualmente desempeña el cargo de vocal en el Consejo de Guerra de esta Zona, y es además Diputado propietario al Congreso de la Unión por el segundo distrito electoral del Estado.

se sirvió mandarme para el efecto, y hoy los devuelvo como lo desea en su citada carta. Están bien escritos según mi modo de entender, y se ve claramente que Ud. fué actor en esa época."—*General, Ignacio A. Bravo.*

"En contestación á la apreciable de Ud. de fecha 20 del actual, le manifiesto que he leído los Apuntes históricos que ha escrito Ud., encontrándolos llenos de interés y honoríficos para su persona y servicios. Todavía existen aquí como en México y Sinaloa personas que lo conocen y que pueden certificar sus servicios y penurias de la época á que Ud. se refiere."—*Brigadier, Miguel M. Morales.*

"Contestando su carta de fecha 18 del actual, le manifiesto que he leído sus Apuntes y Recuerdos que originales se sirvió mandarme, los cuales me parecen rigurosamente históricos, y que como me indica le devuelvo."—*Brigadier, Clemente Villaseñor.*

"He leído con detenimiento sus Apuntes, y aunque en todos los sucesos que relata del año de 1872 y que tuvieron lugar en el Estado de Jalisco, no fuí testigo presencial por no haber estado en este teatro, sí he tenido informes por varios de los jefes que fueron entonces actores, y ahora he tratado, que fueron ciertos y en algunos les constó la presencia de Ud. Respecto á lo que se relaciona al Estado de Sinaloa, puedo asegurarle que exeptuando algunos ligeros errores, todo es tal como pasó y Ud. lo relata."—*Coronel, Andrés L. Tapia.*

"He leido con gusto los "Apuntes y Recuerdos" que Ud. me hizo el favor de prestarme. Nada encuentro en ellos por qué pudiera alguno darse por ofendido si se publicaran porque todas las personas mencionadas lo son con decencia y algunas con justo elogio. Como cuestión literaria el estilo es sencillo y concordante con el sistema de *apuntes*, pero tiene una parte dificilísima que es la intercalación de diálogos que rara vez sale bien. No encontraría yo otra cosa que decir sobre el particular."—*Prof. Ignacio Guevara.*

"Me he impuesto detenidamente de los Apuntes que Ud. se sirvió mandarme, y en respuesta debo decirle que lo que en su escrito menciona relativo á la revolución del Plan de la Noria, en Jalisco, me parece en rigor exacto y ajustado á los hechos en los que claramente se ve que fué Ud. actor; y en cuanto al principio de la segunda revolución, en Sinaloa, todo lo que Ud. relata es tal como pasó."—*Coronel, Dionisio Quiñones.*

"He leído con detención el cuaderno titulado 'Apuntes,' que me enviaste, y aunque inhábil para dar una opinión autorizada acerca de

tu trabajo, por no ser yo ni literato ni militar, sí puedo decir que en un estilo llano y de acuerdo con la idea que has querido dar á tu escrito, refieres en él hechos en los que luego se comprende tu presencia. Esos hechos relacionados con las dos últimas revoluciones que han venido á cambiar radicalmente el modo de ser social, moral y material de la República, ya han sido recogidos por la historia, indudablemente, y cuando ésta se dé á luz se verá confirmado lo que tú ahora asientas en tus Apuntes."—*A. S. González.*

Nota:—Las fechas de las cartas anteriores corresponden al mes de Marzo del corriente año de 1902, y fueron escritas en esta ciudad, Guadalajara, menos la del Coronel Quiñones que me fué mandada de Oaxaca á México en Abril de 1899.

⁂ No aparece aquí la opinión del Coronel Félix Vélez, porque por una verdadera fatalidad este apreciable cuanto popular jefe murió dos días después de haber recibido los Apuntes para que los revisara, esto es, el 20 de Marzo, y por lo tanto no tuvo tiempo para escribirme lo que opinara acerca de ellos; opinión que esperaba yo bastante satisfactoria por haberme conocido el referido Coronel Vélez en la época á que me refiero, y haber estado yo á su lado en algunos de los suce-

sos que se mencionan en los anteriores Apuntes. Otros jefes no han contestado hasta la fecha, y otros sólo se han limitado á felicitarme por mi trabajo, pero sin externar ninguna opinión particular acerca de él. A todos les doy las más expresivas gracias por su deferencia, y por las expresiones de simpatía con que me han animado en mi empresa.

⁂ Ojalá que también con respecto á mí se cumpla lo que un distinguido jefe superior residente en esta plaza me decía hace poco en una de sus cartas: "porque el Señor Presidente jamás olvidó, ni dejó de premiar, á quienes le ayudaron." No por esto se crea que yo tenga la ridícula pretensión de haber ayudado jamás al Sr. General Porfirio Diaz, pero sí he tenido la satisfacción de haber tomado parte, aunque muy insignificante, en las dos grandes revoluciones por él encabezadas.

